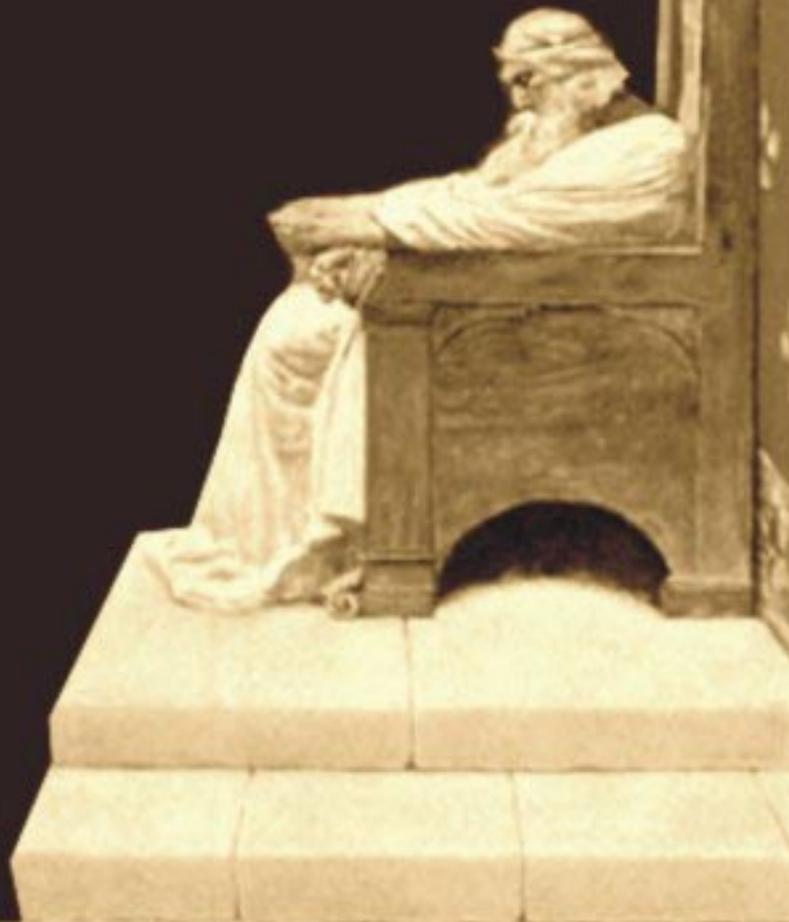


William Shakespeare

El rey Lear

Colección Teatro



 Libros
en red

El rey Lear

William Shakespeare

Colección
Teatro



www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Dirección de Contenidos: Ivana Basset
Diseño de Tapa: Patricio Olivera

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital
© LibrosEnRed, 2004
Una marca registrada de Amertown International S.A.

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

ÍNDICE

Personajes

Acto primero

Escena I

Escena II

Escena III

Escena IV

Escena V

Acto segundo

Escena I

Escena II

Escena III

Escena IV

Acto tercero

Escena I

Escena II

Escena III

Escena IV

Escena V

Escena VI

Escena VII

Acto cuarto

Escena I

Escena II

Escena III

Escena IV

Escena V

Escena VI

Escena VII

Acto quinto

Escena I

Escena II

Escena III

Acerca del Autor

Editorial LibrosEnRed

PERSONAJES

LEAR, rey de Bretaña.

EL REY DE FRANCIA.

EL DUQUE DE BORGÑA.

EL DUQUE DE CORNOUILLES.

EL DUQUE DE ALBANIA.

EL CONDE DE GLOCESTER.

EL CONDE DE KENT.

EDGARDO, hijo legítimo del conde de Gloucester.

EDMUNDO, bastardo del Conde de Gloucester.

CURAN, cortesano.

UN MÉDICO.

UN BUFÓN.

OSVALDO, intendente de Goneril.

UN CAPITÁN, a las órdenes de Edmundo.

UN OFICIAL, adicto a Cordelia.

UN HERALDO.

UN ANCIANO, vasallo del Conde de Gloucester.

SERVIDUMBRE DEL DUQUE DE CORNOUILLES.

GONERIL, hija del rey de Lear.

REGAN, hija del rey de Lear.

CORDELIA, hija del rey de Lear.

CABALLEROS DEL SÉQUITO DEL REY LEAR, oficiales, mensajeros, soldados.

La escena pasa en Bretaña.

Acto primero

ESCENA I

Palacio del rey Lear.

(Entran el CONDE DE KENT, el CONDE DE GLOCESTER y EDMUNDO).

EL CONDE DE KENT.—Siempre creí al rey más inclinado al duque de Albania que al duque de Cornouailles.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Lo mismo creíamos todos; pero hoy, en el reparto que acaba de hacer entre los de su reino, ya no es posible afirmar a cuál de los dos duques prefiere. Ambos lotes se equilibran tanto, que el más escrupuloso examen no alcanzaría a distinguir elección ni preferencia.

EL CONDE DE KENT.—¿No es ése vuestro hijo, milord?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Su educación ha corrido a mi cargo, y tantas veces me he avergonzado de reconocerle que al fin mi frente, trocada en bronce, no se tiñe ya de rubor.

EL CONDE DE KENT.—No os entiendo.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Su madre me entendería mejor; por haberme entendido demasiado vio un hijo en su cuna, antes que un esposo en su lecho. ¿Comprendéis, ahora, su falta?

EL CONDE DE KENT.—No quisiera yo que esa falta hubiese dejado de comerse, pues produjo tan bello fruto.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Tengo, además, un hijo legítimo, que le lleva a éste algunos años de ventaja, mas no por ello le quiero más. Verdad es que Edmundo nació a la vida antes que le llamasen; pero su madre era una beldad, y no hay que ocultar el vergonzoso fruto que dio a luz. ¿Conoces a este gentilhomme, Edmundo?

EDMUNDO.—No, milord.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Es el conde de Kent. Desde ahora le respetarás como a uno de mis mejores amigos.

EDMUNDO.—Mis servicios están a las órdenes de vuestra señoría.

EL CONDE DE KENT.—Sois muy amable, y deseo captarme vuestro afecto.

EDMUNDO.—Procuraré, milord, hacerme digno de vuestra estimación.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Ha permanecido nueve años lejos de su país, y aún será preciso que vuelva a ausentarse. (Óyese el toque de trompetas) ¡El rey llega! (Entran el Rey Lear, los duques de Cornouailles y de Albania, Goneril, Regan, Cordelia y séquito)

LEAR.—Id, Gloucester, a acompañar al rey de Francia y al duque de Borgoña.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Obedezco, señor. (Salen el conde y Edmundo)

LEAR.—Ahora, nos vamos a manifestar nuestras más secretas resoluciones. A ver, el mapa de mis dominios. Sabed que hemos dividido nuestro reino en tres partes. De los motivos que a ello nos deciden, el primero es aliviar nuestra vejez del peso de las tareas y negocios públicos, para asentarlos en hombros más jóvenes y robustos, y así, aligerados de tan onerosa carga, caminar sosegados hacia nuestra tumba. Cornouailles, hijo querido, y vos, duque de Albania, que no amáis menos a vuestro padre, nuestra firme voluntad es asignar públicamente en este día a cada una de nuestras hijas su dote, a fin de prevenir con ello todos los debates futuros. Los príncipes de Francia y de Borgoña, rivales ilustres en la conquista de nuestra hija menor, han permanecido largo tiempo en nuestra corte, donde el amor los retiene: hay que contestar a sus peticiones. Hablad, hijas mías: ya que hemos resuelto abdicar en este instante las riendas del gobierno, entregando en vuestras manos los derechos de nuestros dominios y los negocios de estado decidme cuál de vosotras ama más a su padre. Nuestra benevolencia prodigará sus más ricos dones a aquella cuya gratitud y bondadoso natural más los merezcan. Vos, Goneril, primogénita nuestra, contestad la primera.

GONERIL.—Yo os amo, Señor, más tiernamente que a la luz, al espacio y a la libertad, muchísimo más que todas las riquezas y preciosidades del mundo. Os amo tanto, cuanto se puede amar, la vida, la salud, la belleza, y todos los honores y los dones todos; tanto, cuanto jamás hija amó a su padre; en fin con un amor que la voz y las palabras no aciertan a explicar.

CORDELIA (aparte) —¿Qué hará Cordelia? Amar y callar.

LEAR.—Te hacemos soberana de todo este recinto, desde esta línea hasta ese límite, con todo cuanto encierra, frondosos bosques, y vasallos que los pueblan. Sean tu dote y herencia perpetua de los hijos que nazcan de ti y del duque de Albania. ¿Qué contesta nuestra segunda hija, nuestra querida Regan, esposa de Cornouailles?

REGAN.—Formada estoy de los mismos elementos que mi hermana, y mido mi afecto por el suyo, en la sinceridad de mi corazón, ha definido, con

verdad, el amor que os profeso, padre mío. Pero aún quedó corta, pues yo me declaro enemiga de todos los placeres que la vista, el oído, el gusto y el olfato pueden dar, y sólo cifro mi felicidad en un sentimiento único: el tierno amor que por vos siento.

CORDELIA (aparte) —¿Qué te queda pues, pobre Cordelia? ¿Pobre? No; estoy segura que mi corazón siente más amor del que mis labios pueden expresar.

LEAR.—Tú y tu posteridad, recibid en dote hereditario esta vasta porción de mi reino; no cede en extensión, en valor, ni en atractivo a la que he donado a Goneril. Ahora, Cordelia, tú que hiciste sentir a tu padre el postrero, aunque no el más tierno transporte de gozo, tú cuyo amor buscan ambicionan los viñedos de Francia y el néctar de Borgoña ¿qué vas a contestar para recoger tercer lote, más rico aún que de tus hermanas? Habla.

CORDELIA.—Nada, señor.

LEAR.—¿Nada?

CORDELIA.—Nada.

LEAR.—De nada sólo puede nada. Habla de nuevo.

CORDELIA.—Desgraciada de mí, que no puedo elevar mi corazón hasta mis labios. Amo a vuestra majestad tanto como debo, ni más menos.

LEAR.—¿Cómo, cómo Cordelia? Rectifica tu respuesta, si no quieres perder tu fortuna.

CORDELIA.—Vos, padre mío, me disteis la vida, me habéis nutrido y me habéis amado. Yo, por mi parte, os correspondo, tributándoos todos los sentimientos y toda la gratitud que el deber me impone; os soy sumisa, os amo y os respeto sin reserva. Mas ¿por qué mis hermanas tienen maridos, si dicen que es vuestro todo su amor? Tal vez cuando yo me case, el esposo que reciba mi fe obtendrá con ella la mitad de mi ternura, la mitad de mis cuidados y la mitad de mis deberes; de seguro, jamás me casaré como mis hermanas para dar a mi padre todo mi amor.

LEAR.—¿Está de acuerdo tu corazón con tus palabras?

CORDELIA.—Sí, padre mío.

LEAR.—¡Cómo! ¡tan joven y tan poco tierna!

CORDELIA.—Tan joven y tan franca, señor.

LEAR.—¡Está bien! Quédate con la verdad por dote; pues, por los sagrados rayos del sol, por los sombríos misterios de Hécate y de la noche, por todas las influencias de esos globos celestes que nos dan vida o nos matan, abjuro

desde ahora todos mis sentimientos naturales, rompo todos los lazos de la naturaleza y de la sangre y te destierro para siempre de mi corazón.

EL CONDE DE KENT.—Mi buen soberano...

LEAR.—Callaos, Kent. No os coloquéis entre el león y su furor. La amé con ternura y esperaba confiar el reposo de mis ancianos días a los cuidados de su cariño. (A Cordelia) Sal, y aléjate de mi presencia. Que venga el príncipe de Francia y... ¿no se me obedece?... y el duque de Borgoña. Vos, Cornouailles, y vos, duque de Albania, repartíos el tercer lote, añadiéndole al dote de mis otras dos hijas. Sírvale a ella de esposo el orgullo que nos vende como ingenuidad. Os invisto a entrambos de mi poder, de mi soberanía y de todas las prerrogativas anejas a la majestad. Nos y cien caballeros que reservamos para nuestra guardia y que se alimentarán a vuestras expensas, viviremos alternativamente en vuestras dos cortes, cambiando cada mes de residencia. Para mí sólo conservo el nombre de rey, los honores a él inherentes; la autoridad, las rentas y la administración del imperio, vuestras son, hijos míos, y para rectificar este contrato, tomad mi corona (se la entrega) y repartíosla.

EL CONDE DE KENT.—Augusto Lear, vos, a quien siempre honré como a rey, a quien siempre amé como a padre, y a quien siempre seguí como a señor: vos, a quien en mis preces he implorado siempre como a mi ángel tutelar...

LEAR.—Armado está el arco y tendida la cuerda; evitad la flecha.

EL CONDE DE KENT.—Caiga sobre mí; aun cuando su punta me atravesase el corazón. Kent no olvida las conveniencias cuando su rey delira. Anciano ¿qué pretendes? ¿esperas que el miedo imponga silencio al deber, cuando, seducido por vanas palabras, inmolas tu poder a la lisonja? El honor debe la verdad a los reyes, cuando la majestad cae en demencia. Guarda tu soberanía. Enmienda, con más maduro juicio, tu monstruosa imprudencia. Te aseguro, bajo mi fe, que tu hija menor no es la que menos te ama; un timbre de voz tímido y modesto no es, ordinariamente, eco de un corazón vacío e insensible.

LEAR.—Kent, por tu vida, no prosigas.

EL CONDE DE KENT.—Nunca estimé mi vida sino como una prenda consignada por ti contra tus enemigos, ni nunca temeré perderla cuando en ello se interese tu seguridad.

LEAR.—¡Aparta de mi vista!

EL CONDE DE KENT.—Reflexiónalo bien, Lear; sufre en tu presencia a un hombre veraz.

LEAR.—¡Por Apolo!

EL CONDE DE KENT.—¡Por Apolo, ah rey! ¡en vano juras por tus dioses!

LEAR (echando mano a la espada) —¡Vasallo! ¡infiel!

LOS DUQUES DE CORNOAUILLES Y DE ALBANIA.—¡Deteneos, señor!

EL CONDE DE KENT.—Da, si quieres, la muerte a tu médico; pero al menos emplea en curar tu mal funesto el salario que le hubieses dado. Revoca tu decreto de partición, o mientras mis labios puedan articular una palabra, diré que obras mal.

LEAR.—Escucha, rebelde. Has intentado hacernos violar nuestro juramento, a lo cual nunca nos habíamos atrevido. Cediendo a un obstinado orgullo, has procurado interponerte entre nuestro decreto y su ejecución. Nuestro carácter y nuestro rango no pueden tolerar el primero de estos excesos, ni todo nuestro poder lograría legitimar el segundo. Recibe tu salario, pues. Te concedemos provisiones para que te alimentes durante cinco días, pero al sexto habrás de salir de nuestro reino, y si el décimo día tu cuerpo se encontrase en el recinto de nuestros dominios, será aquel momento el de tu muerte. Huye. ¡Por Júpiter! no esperes que revoque mi sentencia.

EL CONDE DE KENT.—¡Sé feliz, oh rey adiós! Ya que así quieres portarte, la libertad está lejos de tu presencia, y a tu lado el destierro. (A Cordelia) Joven, ¡protéjante, los dioses, ya que piensas con justicia y hablas con cordura! (A Regan y a Goneril) Y vosotras ¡ojalá vuestras acciones respondan al énfasis de vuestros discursos, y vuestras protestas de ternura queden justificadas por los efectos! De esta suerte ¡oh príncipes! se despide de vosotros Kent, transportando su vejez a nueva patria y entregándose, en su edad, a nuevas costumbres. (Sale) (Entra el conde de Gloucester con el rey de Francia, el duque de Borgoña y su séquito.)

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Noble soberano! He aquí a los príncipes de Francia y de Borgoña.

LEAR.—Duque de Borgoña: a vos dirigimos nuestras primeras palabras, a vos que os declarasteis rival del rey de Francia en demanda de la mano de nuestra hija. ¿Qué dote exigís con su persona? ¿Qué negativas paralizarían vuestros amorosos intentos?

EL DUQUE DE BORGOÑA.—Noble rey: no pido más que lo que vuestra alteza ofreció, y vos no querréis, ciertamente, cercenar nada de vuestras ofertas.

LEAR.—Noble duque de Borgoña, mientras nos fue cara, la estimábamos digna de esa dote; pero hoy ha desmerecido mucho en precio. Vedla ante vos, señor: si alguna parte de su mezquina persona, o su persona entera,

con nuestra aversión por añadidura, os conviniera y agradara, sin más acompañamiento, podéis tomarla, vuestra es.

EL DUQUE DE BORGONA.—No sé qué contestar.

LEAR.—Podéis tomarla con las desgracias inherentes a ella, desheredada de mi cariño, y adoptada recientemente por mi odio, dotada con mi maldición y proscripta de mi familia por juramento inviolable.

EL DUQUE DE BORGONA.—Perdonad, señor; una elección no se determina sobre semejantes condiciones.

LEAR.—Pues bien, señor, dejadla; pues, por la potencia que me creó, acabo de exponeros toda su fortuna. (Al rey de Francia): En cuanto a vos, ¡oh gran rey! no quisiera yo que vuestro amor os cegase hasta el punto de casaros con el objeto que odio. Así, pues, os conjuro que llevéis vuestra inclinación a otro objeto más digno que una desventurada de quien la misma naturaleza se avergüenza.

EL REY DE FRANCIA.—No atino a comprender cómo la que poco ha era vuestra hija predilecta, tema de vuestras alabanzas, y encanto de vuestra vejez, haya podido, en rápido instante, cometer una acción tan monstruosa que merezca verse despojada de todos cuantos dones la habíais prodigado. Seguramente su ofensa ha de ser de un género antinatural, un prodigio de atrocidad; o bien el afecto que antes le asegurasteis solemnemente, se ha pervertido por extraña manera. Y creer de ella ese prodigio, es un hecho sobrenatural que repugna a mi razón y que, sin un milagro, jamás creería.

CORDELIA.—Una postrera súplica dirijo a vuestra majestad. Confieso que no poseo ese lenguaje meloso, ese arte de prodigar vanas palabras. Lo que resolví lo hago antes de hablar de ello. Dignaos declarar que, si pierdo vuestro afecto y vuestras bondades, no es porque esté mancillada con algún crimen o vicio, ni por haber deshonrado mi sexo con alguna bajeza o acción indigna de mí, sino que toda mi falta consiste (y esta privación es mi riqueza) en no tener un ojo ávido que sin cesar mendigue, ni una lengua que dista mucho de envidiar, aun cuando me cuesta la pérdida de vuestra ternura.

LEAR.—Más te valiera no haber nacido, que el haberte hecho digna de mi desagrado.

EL REY DE FRANCIA.—¿Y ése es el único reproche? Un carácter avaro en obras, pero que sin hablar, obra. Duque de Borgoña ¿qué contestáis a la princesa? Deja el amor de ser amor, en cuanto intervienen consideraciones extrañas; su verdadero objeto no se cifra en intereses frívolos. Hablad, ¿deseáis tomarla por esposa? Su dote es ella misma.

EL DUQUE DE BORGOÑA.—Augusto Lear: con que sólo me deis la parte que antes ofrecisteis, acepto en el acto la mano de Cordelia, proclamándola duquesa de Borgoña.

LEAR.—Nada; lo he jurado; soy inflexible.

EL DUQUE DE BORGOÑA.—Deploro que a la vez que perdisteis el corazón de un padre, perdéis también un esposo.

CORDELIA.—Sea la paz con el duque de Borgoña. Ya que las consideraciones de fortuna constituyen todo su amor, no seré yo su esposa.

EL REY DE FRANCIA.—Hermosa Cordelia, vuestra falta de fortuna os hace más rica a mis ojos. Cuanto más os abandonen, más preciosa sois; cuanto más os desdeñen, más digna sois de amor. Tomo vuestra persona y vuestras virtudes; séame permitido adquirir el tesoro que los demás desprecian. ¡Oh dioses! por un contraste extraño, su frialdad y sus desdenes encienden más mi amor, exaltándolo hasta la idolatría. ¡Oh rey! tu hija sin dote y abandonada, como al azar, a mi elección, es mi reina, la reina de mis vasallos y de nuestra hermosa Francia. Todos los duques de la húmeda Borgoña no lograrían rescatar de mí esa joven rara e inapreciable. Cordelia, despedíos de ellos; aun cuando os maltrataron, en otra región hallaréis algo más de lo que perdéis aquí.

LEAR.—Tuya es, rey de Francia; tómalala entera. Por mi parte, no tengo hija de tal especie, ni mis ojos volverán a posarse en su rostro. Así, pues, sal de nuestra corte, sin nuestra gracia, sin nuestro cariño y sin nuestra bendición. Venid, noble duque de Borgoña. (Marcha militar, Salen Lear y el duque de Borgoña)

EL REY DE FRANCIA.—despedíos de vuestras hermanas.

CORDELIA.—Con lágrimas en los ojos se despide Cordelia de vosotras, favoritas de mi padre. Os conozco perfectamente y sé lo que sois; mas yo, vuestra hermana, siento invencible repugnancia en designar vuestros defectos con sus verdaderos nombres. Amad mucho a vuestro padre; recomiendo su ancianidad a vuestro pecho tan fecundo en protestas. Pero ¡ah! si aún gozase yo de su afecto, quisiera darle un asilo mejor. ¡Adiós!

REGAN.—No vengáis a prescribirnos nuestro deber.

GONERIL.—Procurad más bien complacer a vuestro esposo que, cediendo a la piedad, se digna tomaros sin fortuna y salvaros de la mendicidad. Habéis faltado a la obediencia, y merecéis que vuestro esposo os pague con la indiferencia que mostrasteis hacia vuestro padre.

CORDELIA.—El tiempo desenvolverá los repliegues donde la astucia se esconde y oculta. Las faltas que al principio vela, al fin las descubre, exponiéndolas a la vergüenza.

EL REY DE FRANCIA.—Venid, mi bella Cordelia. (Salen el rey de Francia y Cordelia)

GONERIL.—Hemos de hablar, sobre un punto que a las dos concierne. Creo que nuestro padre ha de partir esta noche.

REGAN.—Es verdad; va a vivir con vosotros; el mes próximo será nuestro turno.

GONERIL.—Ya veis a cuántos caprichos se halla sujeta su vejez; de ello acaba de dar evidente prueba. Nuestra hermana menor era su predilecta, y de repente la destierra de su corazón y de su lado. Visible es la imbecilidad de su juicio.

REGAN.—Debilidades de la edad. Sin embargo, nunca se ha conocido bastante a sí propio.

GONERIL.—Los más floridos años de su existencia fueron siempre inconsecuencias y rarezas. Hemos de temer que a los inveterados defectos de su natural carácter, la edad añada los arrebatos del humor enojoso que entraña en sí la achacosa y colérica vejez.

REGAN.—No dudo que hayamos de aguantar algún arranque idéntico al que le indujo a desterrar a Kent.

GONERIL.—Aún hay que llenar ceremonias, y formalidades entre el rey de Francia y él. Si nuestro padre, con el carácter que le conocemos, quiere retener la autoridad, la donación que acaba de hacernos será para nosotras manantial de afrentas.

REGAN.—Pensaremos en ello maduramente.

GONERIL.—Hay que tomar algunas medidas y aprovechar estos primeros momentos de ardor. (Salen)

ESCENA II

Castillo del conde de Glocester.

(Entra EDMUNDO con una carta en la mano).

EDMUNDO.—A ti, naturaleza, mi deidad suprema, he consagrado todos mis servicios. ¿He de arrastrarme por la senda rutinaria permitiendo que las convenciones extravagantes del mundo me priven de mi herencia, sólo porque nací doce o catorce lunas más tarde que mi hermano? ¿a qué ese nombre de bastardo? ¿por qué no he de ser ilustre cuando las proporciones de mi cuerpo se hallan tan bien formadas, mi alma es tan noble y mi estatura tan perfecta como si hubiese nacido de una honesta matrona? ¿por qué me vilipendian con los dictados de ilegítimo, plebeyo, bastardo? ¡Plebeyo, ya que en el acto vigoroso y clandestino de la naturaleza recibí una sustancia más abundante y elementos más fuertes de los que suministra una pareja extenuada que, en tálamo insípido y languidescente, se ocupa sin placer en la creación de una raza de abortos engendrados entre el sueño y la vigilia! ¡Ah! ¡mi Edgardo el legítimo! para mi será tu patrimonio; el amor de nuestro padre común lo mismo pertenece al bastardo Edmundo que al legítimo Edgardo. ¡Legítimo! ¡valiente palabra! Si, no hay duda: si esta carta logra buen éxito y mi invención triunfa, el plebeyo Edmundo ocupará el lugar del noble Edgardo. Me engrandezco, prospero. Y ahora, dioses, pasad al bando de los bastardos. (Entra el conde de Glocester)

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Desterrado Kent! ¡Y el rey de Francia abandonando esta corte lleno de rencor! ¡y Lear partiendo esta noche! ¡Su autoridad enajenada y él reducido al vano aparato de la dignidad real! ¡Todo trastocado y en desorden! ¡Ah, Edmundo! ¿qué hay de nuevo?

EDMUNDO.—(Ocultando la carta) Nada absolutamente, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Por qué tanto ahínco en ocultar esa carta?

EDMUNDO.—No tal, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Qué dice ese escrito?

EDMUNDO.—Nada, señor, nada.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Dices que nada? Entonces, ¿a qué ocultarlo con tal prisa? Si nada dice, excusado era esconderlo. Veamos. Y si en realidad es nada, no necesitaré anteojos.

EDMUNDO.—Perdonadme, señor: es una carta de mi hermano que aún no he acabado de leer, pero lo que he leído basta para juzgarla indigna de que fijéis en ella vuestra vista.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Venga esa carta.

EDMUNDO.—Tengo la seguridad de desagradaros tanto si me niego a dárosla, como si os la entrego. Su contenido, en cuanto he podido apreciar por lo leído, es muy censurable.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Veamos, veamos.

EDMUNDO.—Inclínome a creer, en justificación de mi hermano, que sólo ha escrito esta carta para sondear, para poner a prueba mi virtud.

EL CONDE DE GLOCESTER.—(Leyendo.) “El respeto a los ancianos, y las leyes extravagantes establecidas por el mundo, envenenan los más preciosos años de nuestra vida, mantienen nuestra fortuna alejada de nuestras manos, reteniéndola hasta el ocaso de la existencia, cuando ya no tenemos facultades para gozar de ella. Empiezo a cansarme de esa necia y enojosa servidumbre que nos subyuga a la opresión de la vejez tiránica, cuyo imperio se funda, no en su potencia, sino en nuestra tolerante bajeza. Ven a encontrarme y te diré algo más. Si mi padre quisiera dormir hasta que yo le despertare, gozarías para siempre de la mitad de sus rentas y serías el favorito predilecto de tu hermano Edgardo.” ¡Hem! ¡una conspiración! Dormir hasta que yo le despertase, gozarías de la mitad de sus rentas... ¿Ha podido encontrar mi hijo Edgardo una mano que estas líneas trazara y un corazón que las dictase? ¿Cuándo has recibido esta carta? ¿quién te la entregó?

EDMUNDO.—No me la han entregado; la hallé al pie de la ventana de mi cuarto.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Estás seguro de que es el carácter de letra de tu hermano?

EDMUNDO.—Si su texto respirase bondad, me atrevería a jurar que es letra suya; pero, en vista de su contenido, quisiera poder creer que no lo es.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Es suya esta letra?

EDMUNDO.—Si señor, de su mano prolija; mas espero que su corazón no tomó parte en lo escrito.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Te sondeó alguna vez con respecto a estas miras?

EDMUNDO.—Jamás, señor. Sólo si le he oído decir, a veces, que sería muy puesto en razón que cuando los hijos han llegado a edad madura y sus padres comienzan a declinar, que el padre viniese a ser pupilo de su hijo y éste administrador de los bienes del padre.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Malvado! Es el sistema que expone en su carta. ¡Infame! ¡hijo sin entrañas! ¡criatura execrable! ¡Bestia feroz, sí, más feroz que las bestias salvajes! Ve a buscarle, Edmundo; quiero asegurarme de su persona. ¡Abominable monstruo! ¿Dónde estará?

EDMUNDO.—No lo sé, positivamente. Dignaos suspender vuestro enojo contra mi hermano hasta que podáis oír de sus labios pruebas mas positivas de sus intenciones. Eso será lo más seguro y regular, pues si procediendo violentamente contra él os engañaseis tocante a sus designios esta equivocación causaría una profunda herida en vuestro honor y aniquilaría el sentimiento de obediencia en el corazón de mi hermano. Respondo con mi vida y salgo garante de que no ha escrito esta carta sino con ánimo de poner a prueba mi afecto por vos y sin ningún proyecto peligroso.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Lo crees así?

EDMUNDO.—Si lo estimáis conveniente, os colocaré en un sitio desde donde podréis oírnos conversar sobre esta carta y satisfaceros por vuestros propios oídos; y eso, esta noche misma.

EL CONDE DE GLOCESTER.—No es posible que su pecho albergue un corazón tan monstruoso.

EDMUNDO.—Ciertamente que no.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Atentar contra su padre que le ama con tanta ternura y sin reserva! ¡Cielos y tierra! ¡Ve a su encuentro, Edmundo, facilítame el medio de leer en su alma! Quisiera olvidar ahora que soy padre, para juzgar con fallo imparcial.

EDMUNDO.—Voy a ver si doy con él. Llevaré el asunto conforme a los medios de que puedo disponer y os daré puntual conocimiento de todo.

EL CONDE DE GLOCESTER.—No; los eclipses de sol y luna acaecidos recientemente nada de bueno nos presagian. La razón pretende explicarlos ya en un sentido, ya en otro, pero al fin y al cabo la naturaleza es víctima de sus funestos efectos. El amor se entibia, la amistad se extingue, se dividen los hermanos; en las villas, rebeliones: en los campos, discordias; traición en los palacios; y roto el lazo que une a padres e hijos. Ese malvado, a quien di el ser, sufre la influencia de la predicción: he aquí al hijo sublevado contra el padre. El rey se aparta de los instintos de la naturaleza: he aquí al padre sublevado contra el hijo. Pasó ya nuestro tiempo mejor. Maquinaciones,

sordas tramas, perfidias y todos los desórdenes más funestos se aúnan contra nosotros, y nos persiguen sin tregua hasta la tumba... Ve, Edmundo, a buscar a ese miserable; no perderás en ello: no omitas cuidado alguno. ¡Kent, corazón noble y leal, también desterrado! Su crimen es la virtud. ¡Oh tiempos! (Sale.)

EDMUNDO.—¡Qué ridiculez la del hombre! Pretender (cuando nuestra fortuna sufre y mengua por nuestra imprudencia, por el desarreglo de nuestra conducta), acusar de nuestros males al sol, a la luna y a las estrellas, como si fuésemos viciosos y malvados por una impulsión celeste: bribones, traidores y pícaros, por la acción invencible de las esferas: borrachos, embusteros y adúlteros por una obediencia forzosa a las influencias planetarias, y todo el mal que cometemos no sucediese sino porque a él nos impele a pesar nuestro, el cielo cómplice. Admirable excusa del disoluto sobornador de mujeres, el imputar sus lascivos instintos al cambio de una estrella. Si; mi padre entendió con mi madre bajo la Cola del Dragón y a mi nacimiento precedió la Osa Mayor, de manera que yo debía necesariamente venir al mundo dotado de carácter hurraño y dado a la vida disoluta. ¡Quimera yana! Lo mismo que soy hubiera sido si en el instante de mi concepción ilegítima hubiese centellado la más virgen estrella del firmamento. (Entra Edgardo.) ¡Edgardo! A tiempo llega, como la catástrofe en la comedia antigua. Mi humor, poseído de la melancolía más maligna, lanza suspiros, como de loco. ¡Sí, indudablemente! Esos eclipses nos presagian estas divisiones. Fa, sol, la, mi...

EDGARDO.—Hermano Edmundo, ¿en qué seria contemplación estáis absorbido?

EDMUNDO.—Soñaba, hermano, con una predicción que leí el otro día sobre los fenómenos que debían seguir a estos eclipses.

EDGARDO.—¿Y os preocupan tales quimeras?

EDMUNDO.—Digoos que los efectos de que habla este libro se realizan, desgraciadamente, con demasiada exactitud. Contiendas desnaturalizadas entre el hijo y el padre; muerte, epidemia, desunión de antiguas amistades, divisiones en el Estado, amenazas y maldiciones contra el rey y los nobles, desconfianza sin motivo, destierro de amigos, dispersión de cohortes, infidelidades en los matrimonios y qué sé yo.

EDGARDO.—¿De cuándo acá te hiciste sectario de la astronomía?

EDMUNDO.—Dejemos esto. ¿Cuánto tiempo hace que no has visto a nuestro padre?

EDGARDO.—Anteayer le vi.

EDMUNDO.—¿Y hablaste con él?

EDGARDO.—Sí, dos horas largas.

EDMUNDO.—¿Os separasteis en buena armonía? ¿notaste en él algún signo de descontento en sus palabras o en su actitud?

EDGARDO.—Ninguno.

EDMUNDO.—Procura recordar si le has ofendido en algo. Si has de seguir mi consejo, evita su presencia por algunos días hasta que el tiempo aminore la violencia de su enojo. Actualmente se halla tan encolerizado, que apenas lograría apaciguarle la vista de su sangre.

EDGARDO.—Algún infame me habrá malquistado con él.

EDMUNDO.—Mucho lo temo. Así, pues, te suplico que te desvíes prudentemente de los sitios donde pudieris encontraros, hasta que el arrebató de su cólera haya menguado un tanto. Vete a mi habitación, y me las compondré de modo que oigas hablar a nuestro padre. Toma mi llave y si por acaso salieres, ve armado.

EDGARDO.—¡Armado! ¡hermano mío!

EDMUNDO.—Te encargo lo que la sana prudencia aconseja, y aún sólo te he trazado un débil bosquejo de lo que he visto y oído, pálido reflejo de la terrible verdad. ¡Por favor! ¡vete a mi habitación!

EDGARDO.—¿Tardaré mucho en verte?

EDMUNDO.—No pases cuidado. (Sale Edgardo.) Un padre crédulo y un hermano generoso cuyo bondadoso natural es tan ajeno a la malicia, que no la sospecha en los demás. Su infantil sencillez se deja gobernar por mis mañas. Trazado está mi plan si mi nacimiento no me ha dado una herencia, conquistémosla por la astucia. El fin justifica los medios.

ESCENA III

Palacio del duque de Albania.

(Entran GONERIL y el INTENDENTE).

GONERIL.—¿Es cierto que mi padre golpeó a mi escudero, porque éste reñía a su bufón?

EL INTENDENTE.—Sí, señora.

GONERIL.—Me está afrentando noche y día. No pasa hora sin que incurra en alguna grosera impertinencia. No lo toleraré más. Sus caballeros se vuelven turbulentos y revoltosos y él mismo nos abrumba a reproches por la menor bagatela. Va a volver de su cacería; no quiero hablarle. Decidle que estoy indispuesta, y si os descuidáis en vuestros servicios a su persona, obraréis perfectamente. Yo me encargo de responder de vuestras faltas.

EL INTENDENTE.—Aquí viene, señora; oigo el rumor que anuncia su regreso.

GONERIL.—Emplead en vuestro servicio toda la indiferencia, toda la repugnancia que podáis. ¡Me gustaría que se quejara! Si se encuentra mal servido, váyase al lado de mi hermana, cuyas intenciones, en este asunto, concuerdan perfectamente con las mías. No queremos que nos dominen, ¡Vaya un viejo caprichudo e inútil, que aún pretende dar todas las órdenes de una autoridad de que por sí mismo se despojó! Por mi honor, esos viejos chochos se vuelven niños y hay que tratarlos con rigor, cuando de nada sirven las caricias. No olvidéis mi encargo.

EL INTENDENTE.—Lo tendré muy presente, señora.

GONERIL.—Tratad también a sus caballeros con mayor frialdad; poco importa lo que pueda resultar. Encargad lo mismo a vuestros camaradas. Voy a escribir a mi hermana, recomendándole idéntica conducta. Id a preparar la comida. (Salen.)

ESCENA IV

Plaza delante del palacio.

(Entra el CONDE DE KENT, disfrazado).

EL CONDE DE KENT.—Si logro también disfrazar mi voz y arrastrar mis palabras, tal vez mi honrado intento alcance el fin que me propongo. Y ahora, vasallo fiel y desterrado, si puedes prestar un buen servicio en los mismos lugares donde te condenaron, tu amado señor podrá convencerse al fin de que trabajaste en pro de sus intereses. (Toque de trompas, a lo lejos. Entran Lear, sus caballeros y séquito.)

LEAR.—Que no haya de esperar la comida un solo minuto; encargad que la preparen al momento. ¿Quién eres tú?

EL CONDE DE KENT.—Un hombre, señor.

LEAR.—¿Cuál es tu profesión? ¿qué nos quieres?

EL CONDE DE KENT.—Mi profesión, en efecto, es lo que aparento; servir fielmente a quien me otorgue su confianza, amar al hombre honrado, conversar con el cuerdo, hablar poco, temer los vanos juicios, combatir cuando la necesidad me obligue y no comer pescado.

LEAR.—Pero en fin, ¿quién eres?

EL CONDE DE KENT.—En verdad, un hombre bueno y honrado, tan pobre como el rey.

LEAR.—¿Qué quieres?

EL CONDE DE KENT.—Servir.

LEAR.—¿Y a, quién?

EL CONDE DE KENT.—A vos.

LEAR.—¿Me conoces?

EL CONDE DE KENT.—No señor; pero hay en vuestra fisonomía cierto carácter que me atrae a serviros.

LEAR.—¿Qué carácter es ése?

EL CONDE DE KENT.—Un aire de grandeza y majestad.

LEAR.—¿De qué servicio eres capaz?

EL CONDE DE KENT.—Puedo guardar honestos secretos, correr a pie y a caballo, echar a perder una historia curiosa contándola, y desempeñar cualquier mensaje fácil. Puedo evacuar todos los empleos de que son capaces los hombres ordinarios, y mi primera cualidad es la diligencia.

LEAR.—¿Qué edad tienes?

EL CONDE DE KENT.—No soy tan joven que pueda enamoriscarme de una mujer por su linda voz, ni tan viejo aún que le haga ascos al amor. Pesan sobre mi cabeza cuarenta y ocho años.

LEAR.—Sígueme; te tomo a mi servicio; si después de comer no me desplaces más que ahora, no te despediré todavía. ¡La comida! ¡hola! ¡la comida! ¿Dónde está mi bribonzuelo, mi bufón? Que me lo traigan. (Entra el Intendente.) Y vos, amigo, ¿dónde está mi hija?

EL INTENDENTE.—Con vuestro permiso... (Sale)

LEAR.—¿Qué ha dicho ese hombre al pasar? Llamadle. ¿Dónde está mi bufón? ¿Hola? ¡Parece que aquí todos duermen! ¿Qué hay? ¿a dónde va ese insolente?

EL CABALLERO.—Dice, señor, que vuestra hija está indispuesta.

LEAR.—¿Y por qué ese esclavo no ha vuelto atrás cuando le he llamado?

EL CABALLERO.—Me ha dicho con la mayor frescura que no le daba la gana.

LEAR.—¡Que no le daba la gana!

EL CABALLERO.—Ignoro, señor, qué motivo tendrá para ello; pero, a mi entender, vuestra alteza no es acogido con aquella afectuosa cortesía de antes. El celo y la amistad se han entibiado aquí bastante, y este cambio no sólo se advierte en la servidumbre, sino en el mismo duque y en vuestra hija.

LEAR.—¡Ah! ¿lo crees así?

EL CABALLERO.—Os ruego, señor, que me perdonéis si me equivoco; pero mi deber me impide callar cuando veo que ofenden a vuestra alteza.

LEAR.—Me estás recordando una idea que ya se me había ocurrido. He notado, efectivamente poco ha, cierto exceso de negligencia y frialdad. Pero procuré desvanecer esta sospecha, como efecto de una imaginación demasiado recelosa y no he querido tomar esa negligencia aparente como indicio de grosería y frialdad premeditadas. Pero ¿dónde está mi bufón? Hace dos días que no le veo.

EL CABALLERO.—Desde que mi joven señora partió a Francia, señor, vuestro bufón ha quedado muy triste.

LEAR.—¡Basta! ya lo he notado. Id y decidle a mi hija que quiero hablarle. Y vos, daos prisa en traerme mi bufón. (Vuelve a entrar el Intendente.) ¡Eh!, caballero, caballero; acercaos! ¿quién soy yo, si os place?

EL INTENDENTE.—El padre de mi señora.

LEAR.—¿El padre de tu señora? ¡cómo, miserable, esclavo vil!

EL INTENDENTE.—Nada de eso soy; sabedlo, señor.

LEAR.—¡Y se atreve el insolente a cruzar con las mías sus miradas! (Le golpea)

EL INTENDENTE.—Sabed que no tolero que me peguen.

EL CONDE DE KENT. ¿Ni tampoco que te aplasten, miserable gusano?(Lo derriba)

LEAR.—Gracias, amigo; me sirves perfectamente, y creo que llegaré a quererte.

EL CONDE DE KENT.—¡Ea, levantaos, y despejad!. Ya os enseñaré a guardar decoro... Si no queréis otra ración, largaos, y os aconsejo la mayor cordura. (Saca a empujones al Intendente.)

LEAR.—Ya veo, buen servidor, que te portas como amigo fiel; acabas de darme arras de tu celo y adhesión. (Da unas monedas a Kent. Entra el bufón.)

EL BUFÓN.—Deja que le tome también a mi servicio. Ten, he aquí mi caperuza. (Se la presenta)

LEAR.—Y bien, bravo picarón, ¿cómo va?

EL BUFÓN.—Hijo mío, lo mejor que podrías hacer sería ponerte mi caperuza.

EL CONDE DE KENT.—¿Por qué, bufón?

EL BUFÓN.—¿Por qué? Porque te pones a servir a un hombre caído en desgracia. No esperes días plácidos de la región donde sopla el huracán, y puesto que no sabes adular ni sonreír al favor, no harás fortuna sirviendo a tu nuevo amo. Ea, ponte mi caperuza. Sí: este hombre ha desterrado para siempre a dos hijas tuyas, y a pesar suyo, ha hecho feliz a la tercera. Si quieres seguir sus pasos, has de llevar mi caperuza. Oye, tío: quisiera tener dos caperuzas y dos hijas.

LEAR.—¿Y por qué?

EL BUFÓN.—Si les hago donación de todas mis rentas, guardaré mi caperuza para mi uso. He aquí mi caperuza; pídeles la otra a tus hijas.

LEAR.—¡Cuidado no te castigue!

EL BUFÓN.—La verdad es como el perro guardián que relegamos a la perrera y cuyo destino es verse ahuyentado a latigazos, mientras que la perrilla predilecta puede sentarse muy a gusto junto al hogar y apestar a su amo.

LEAR.—No es romo el dardo que me dispara.

EL BUFÓN.—(Al conde de Kent.) Oye, amigo, una sentencia.

LEAR.—Oigamos

EL BUFÓN.—Allá va: Ten más de lo que representes; habla menos de que sepas; presta menos de lo que tengas; anda más a caballo que a pie; abandona tu vaso y tu manceba; permanece tranquilo en tu casa y de esta suerte ganarás más de veinte por veinte.

EL CONDE DE KENT.—Toda esa palabrería nada significa, bufón.

EL BUFÓN.—En tal caso es el informe de un abogado sin salario; nada me has dado por él. Y tú tío, ¿no puedes hacer de nada algo?

LEAR.—No por cierto, hijo mío; de nada, nada puede hacerse.

EL BUFÓN.—(Al conde de Kent) Dile tú que ése es precisamente el producto neto de sus tierras; díselo, pues no querrá creer a su bufón.

LEAR.—Eres un bufón sobrado mordaz.

EL BUFÓN.—¿Sabes tú qué diferencia hay entre un bufón mordaz y un bufón empalagoso?

LEAR.—No, hijo mío; dilo tú.

EL BUFÓN.—A ese lord que te aconsejó que te desposeyeses de tus dominios, colócalo junto a mí, y ocupa tú su lugar. Al momento parecerán ante ti el bufón mordaz y el empalagoso: uno de ellos estará aquí, con su traje abigarrado, y el otro allí.

LEAR.—¿Acaso me llamas bufón hijo mío?

EL BUFÓN.—Has cedido todos los demás títulos que te dio el nacimiento.

EL CONDE DE KENT.—Lo que ahora dice, señor, no parece dicho por un bufón.

EL BUFÓN.—No, en verdad; los lores y grandes personajes de esta época no quieren dejarme toda la locura a mí solo; si yo monopolizara la locura, se

llamarían a la parte, y las damas también. Dame un huevo, tío, y te doy dos coronas.

LEAR.—¿Cuáles son esas dos coronas que me darás?

EL BUFÓN.—Después de cortar el cascarón por la mitad, y de haberme sorbido el huevo, te daré las dos coronas del cascarón. Cuando has hendido tu corona por el medio, repartiendo sus dos mitades a derecha e izquierda, llevaste tu asno en hombros a través del barro. Pocos sesos había en la mezquina corona de tu cráneo, cuando has dado tu corona de oro. Si hablo ahora como un bufón, que se castigue a quien primero lo advierta. (Canta) "Jamás tuvieron los bufones menos hoga que ogaño pues los cuerdos usurparon su lugar."

LEAR.—Y dime ¿desde cuándo has aprendido esa canción?

EL BUFÓN.—Desde que a tus hijas las hiciste tus madres; pues cuando les pusiste tu cetro en la mano, como un bastón para apalearte, ofreciendo tú mismo tu espalda a sus golpes, (canta) "ellas entonces han llorado de gozo y yo he cantado, triste, dando suelta al dolor". Mira, tío, toma un maestro que enseñe a tu bufón a mentir; me gustaría aprender a mentir.

LEAR.—Si mientes, haragán, te daré de palos.

EL BUFÓN.—Veo que sois de la misma sangre tú y tus hijas. Ellas quieren que se me castigue por haber dicho la verdad, y tú por haber mentido; y aun a veces me castigan por no haber dicho nada. Antes quisiera ser cualquier cosa que bufón y sin embargo no quisiera ser tú, buen tío. Tú cortaste tu imperio en dos partes y nada has dejado en medio para ti. Mira, ahí tienes uno de tus desperdicios. (Entra Goneril)

LEAR.—Dime, hija mía, ¿de qué viene esa nube que oscurece tu frente? Véote triste y apenada desde hace algunos días.

EL BUFÓN.—Algo valías tú, cuando podías no inquietarte por su tétrico humor, pero hoy eres lo mismo que un cero a la izquierda. Más que tú soy yo, ahora: yo soy un bufón, y tú no eres nada. ¡Ea! voy a refrenar mi lengua. (A Goneril.) Leo esta orden en vuestro rostro, sin que tengáis necesidad de hablar.

GONERIL.—Señor, no sólo es vuestro bufón el único a quien se le permite todo; otros individuos de vuestro insolente séquito están siempre disputando y querellando, abandonándose a indecentes orgías que no es posible tolerar. Lisonjeábame de que se reprimieran tales excesos en cuanto llegasen a vuestra noticia, pero empiezo a temer, según lo que muy recientemente habéis dicho y hecho vos mismo, que protegéis este desorden y lo sostenéis con vuestra aprobación. Si así fuese, sería una falta censurable,

y habría que pensar en los medios de corregirla. Tal vez esos medios, que sin embargo sólo tendrían por objeto restablecer el orden, podríais tomarlos como ofensa. Sería vergonzoso... Pero, en fin, la necesidad los exigiría como un remedio lleno de prudencia y discreción.

LEAR.—¿Sois vos nuestra hija?

GONERIL.—Vamos, señor, emplead esa vigorosa razón de que estáis dotado, y ahuyentad esas extrañas divagaciones que, de algún tiempo acá, alteran vuestro buen carácter hasta el punto de desfiguraros completamente.

LEAR.—¿Hay aquí alguien que me reconozca? ¿Es éste Lear? ¿es Lear el que anda? ¿es Lear quien habla? ¿están abiertos sus ojos? Por fuerza su inteligencia está debilitada y su razón sumida en letargo... ¿Yo, despierto?... No puede ser... ¿Quién podrá decirme lo que soy?... La sombra de Lear. Quisiera saberlo, porque estos indicios de soberanía y las luces de la razón y de la reflexión podrían persuadirme, erróneamente, de que he tenido hijas. ¿Vuestro nombre, bella dama?

GONERIL.—Vaya, señor; ese asombro que fingís se parece a vuestras demás extravagancias, tan nuevas para mi. Os ruego que interpretéis en buen sentido mi manera de ver y mis advertencias. Sois ya viejo, vuestra edad es venerable, y deberíais ser más cuerdo. Conserváis a vuestro lado un grupo de caballeros y escuderos, cien hombres en junto, todos ellos tan depravados, disolutos y licenciosos, que nuestra corte, mancillada por sus costumbres impuras, se asemeja a una posada de mal nombre. A juzgar por el desorden y la crápula que aquí imperan, más bien podrían tomarse por una infame taberna, por un sucio lupanar, que por un palacio augusto y respetable. El pudor y la decencia exigen una reforma inmediata. Dejaos convencer por vuestra hija; de no ser así, ella misma se tomará la libertad de ordenar lo que desea. Permitid que vuestro séquito se reduzca a cincuenta caballeros, y que éstos sean gentes convenientes a vuestra edad y sepan conocerse y respetaros.

LEAR.—¡Infierno y caos! Que dispongan mis caballos; que se reúna mi séquito. ¡Hija degenerada! No; ¡nunca he sido padre tuyo! ¡Ea! ¡ya no te estorbaré más! Aún tengo una hija.

GONERIL.—Vos golpeáis a mis servidores y vuestra desenfrenada soldadesca quiere ser servida por hombres que valen más que ella. (Entra el duque de Albania.)

LEAR.—¡Mísero del hombre que se arrepiente tarde! (Al duque de Albania.) ¡Ah! ¿sois vos? ¿habéis dictado esas órdenes? ¡Contestad! ¡Que preparen mis caballos! ¡Ingratitud! ¡furia de mármóreo corazón, mil veces más horri-

ble cuando te muestras en nuestros hijos, que los más espantables monstruos del Océano!

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Por favor moderaos, señor!

LEAR.—(A Goneril) ¡Buitre execrable! has mentido. Mi séquito se compone de hombres, escogidos y dotados de las más raras cualidades; conocen todos los deberes de la decencia y las, reglas de la etiqueta, y en toda su conducta la nobleza y el honor son respetados escrupulosamente. ¡Ah, levísima falta de Cordelia! ¿cómo me pareciste asaz deforme para agitar súbitamente todo mi ser, cual poderosa palanca, y lanzarlo del seno de la paz a la más violenta perturbación; para robar a mi corazón toda la ternura de un padre, y llenarlo con la hiel del odio? ¡Oh Lear, Lear, Lear! (Golpeándose la frente.) Golpea, golpea esta puerta que dejo escapar la razón y dio entrada a la locura. ¡Partamos, partamos, caballeros!

EL DUQUE DE ALBANIA.—Soy inocente, señor; ignoro qué motivo ha podido encolerizaros.

LEAR.—¿Es posible, señor? ¡Atiéndeme, oh naturaleza! ¡atiéndeme, cara divinidad! Suspende tus designios, si acaso te proponías hacer fecunda a esta criatura. Infunde en sus flancos la esterilidad, deseca en ella los orígenes de la vida y que jamás salga de su seno desnaturalizado un hijo que te honre con el nombre de madre. O si algo ha de producir, forma a su hijo con negro humor y haz que nazca contrahecho y perverso, para suplicio de su madre, y que imprima en su frente las arrugas prematuras de la vejez y que haga derramar sin tregua amargo llanto surcando sus marchitas mejillas con rastros de fuego y que todos sus beneficios los pague con el desprecio, a fin de que su madre pueda comprender que el diente ponzoñoso de la sierpe es menos desgarrador, menos cruel que el dolor de tener un hijo ingrato. ¡Ea! ¡partamos, partamos! (Sale.)

EL DUQUE DE ALBANIA.—Pero, en nombre del cielo, ¿de qué viene ese enojo?

GONERIL.—No os inquiete el saberlo; dejad campo libre a su humor, y que siga el curso que le da la demencia. (Vuelve Lear.)

LEAR.—¡Cómo! ¡cincuenta de mis caballeros suprimidos a la vez en menos de quince días!

EL DUQUE DE ALBANIA.—Pero ¿qué motivo, señor...?

LEAR.—Yo te lo diré. (A Goneril) ¡Muerte y vida! Me avergüenzo de que aún tengas el poder de conmover mi alma a tal extremo, haciéndome verter a pesar mío, ardientes lágrimas. ¡Caigan sobre ti la peste y todas las plagas!

¡atraviésente y desgárrente los incurables dardos de la maldición de un padre! ¡Ojos míos, demasiado insensatos y tiernos! ¡si aún sois capaces de dar paso al lloro, os arranco sin piedad! ¡ah! ¿a tal punto han llegado las cosas? ¡Pues bien, sea! todavía me queda una hija, tierna y compasiva, estoy seguro. Cuando sepa tu comportamiento, se abalanzará a tu horrible rostro y lo desgarrará con sus propias manos. Ten entendido que volveré a arrancarte una grandeza que te figurabas había perdido para siempre. (Salen Lear, Kent y su séquito.)

GONERIL.—¿Le habéis oído, monseñor?

EL DUQUE DE ALBANIA.—A pesar del amor que os profeso, no puedo ser bastante parcial...

GONERIL.—Por favor, tranquilizaos. ¡Hola, Osvaldo! (Al bufón.) Y vos, señor, más bibrón que loco, seguid a vuestro amo.

EL BUFÓN.—tío Lear, tío Lear, espérame y lleva contigo a tu bufón. (Sale.)

GONERIL.—¡No es poco precavido el buen hombre! ¡Cien caballeros! Bueno fuera dejarle cien caballeros para que al primer capricho que le ocurra, por una palabra, por una nonada, por el más leve motivo de queja o disgusto, pueda sostener los extravíos de su demencia con ese grupo temible, y tener nuestras vidas a su discreción. ¿Dónde está Osvaldo?

EL DUQUE DE ALBANIA.—Quizá son exagerados vuestros temores.

GONERIL.—El exceso del temor es más seguro que el exceso de la seguridad. Permitid que prevenga las violencias que temo, en vez de temer neciamente hasta el momento de ser víctima. Conozco su corazón. Todo cuanto ha declamado aquí, lo he escrito a mi hermana. Si ella quiere soportarle con sus cien caballeros, después de haberle mostrado yo todos los inconvenientes...

(Entra el Intendente.) ¡Y bien, Osvaldo! ¿habéis escrito la carta que os he encargado para mi hermana?

EL INTENDENTE.—Sí, señora.

GONERIL.—Tomad una escolta y poneos en marcha. Enterad a mi hermana de mis temores particulares y añadidle por vuestra parte las razones que creáis convenientes en apoyo de mi carta. Ea, partid, y apresurad vuestro regreso. (Sale el Intendente.) No, no, señor: esa excesiva dulzura, ese carácter pacífico que os distinguen, no los censuro, ni mucho menos; pero, permitid que os lo diga: una falta de prudencia prepara a menudo muchas más perplejidades que elogios atrae la funesta lenidad.

William Shakespeare

EL DUQUE DE ALBANIA.—Ignoro hasta dónde alcanzan vuestras miras. Agitándonos para alcanzar lo mejor, maleamos a menudo lo bueno.

GONERIL.—No, no.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Bueno, sea; el tiempo dirá. (Salen.)

ESCENA V

Patio del palacio del duque de Albania.

(Entran LEAR, el CONDE DE KENT y EL BUFÓN).

LEAR.—Parte al momento y lleva esta carta a Gloucester. Nada le digas mi hija de cuanto acaba de ocurrir aquí, ni contestes a sus preguntas hasta que haya leído mi carta. Si no te das prisa, llegaré antes que tú.

EL CONDE DE KENT.—No descansará hasta haber entregado vuestra carta. (Sale.)

EL BUFÓN.—Si un hombre tuviese en sus talones el cerebro ¿no correría peligro de tener sabañones?

LEAR.—Sí hijo mío.

EL BUFÓN.—En tal caso, consuélate; tu talento no carecerá de calzado.

LEAR.—¡Jah! ¡jah!

EL BUFÓN.—Vas a ver cómo tu segunda hija te acoge con bondad; pues aun cuando se parece a ésta como una manzana silvestre a otra de jardín, puedo decirte... lo que decirte puedo.

LEAR.—Y qué puedes tú decir... hijo mío?

EL BUFÓN.—Tendrá el mismo sabor que ésta, como una manzana se parece a otra... ¿Sabrías decirme, tío, por qué la nariz está colocada en medio de la cara?

LEAR.—No.

EL BUFÓN.—¿No? Pues sabe que es con objeto de tener un ojo a cada lado de la nariz, a fin de que el hombre pueda juzgar por los ojos lo que no puede juzgar por la nariz.

LEAR.—(A parte.) Yo la injurié.

EL BUFÓN.—¿Puedes tú decirme cómo forma su concha la ostra?

LEAR.—No.

EL BUFÓN.—Ni yo tampoco; pero en cambio te diré por qué razón el caracol arrastra su vivienda.

LEAR.—¿Por qué, hijo mío?

EL BUFÓN.—Para ocultar en ella la cabeza, y no abandonarla al capricho de sus hijas, ni quedarse sin asilo.

LEAR.—Quiero olvidar mi bondad natural. ¡Un padre tan cariñoso! ¿Están listos mis caballos?

EL BUFÓN.—Tus asnos están listos ¿Por qué las siete cabrillas no son más de siete?

LEAR.—Porque no son ocho.

EL BUFÓN.—¡Bravo! ¡serías un bufón excelente!

LEAR.—¡Privarme de la mitad de mi guardia a pesar mío! ¡Monstruoso de ingratitud!

EL BUFÓN.—Si tú fueses mi bufón, tío, ya te habría castigado por haber envejecido antes de tiempo.

LEAR.—¿Qué dices?

EL BUFÓN.—Porque no habrías debido envejecer antes de ser cuerdo.

LEAR.—¡Cielos bienhechores! ¡no permitáis que me vuelva demente! ¡Conservad mi razón en buen estado! ¡No quisiera volverme loco! (Entra un gentilhombre.) ¿Están ya dispuestos los caballos?

EL CABALLERO.—Sí señor.

LEAR.—Sígueme, hijo mío.

Acto segundo

ESCENA I

Castillo del conde de Glocester.

(Entran EDMUNDO y CURAN por distintos lados).

EDMUNDO.—Dios te guarde, Curan.

CURAN.—Y a vos también, señor. Acabo de ver a vuestro padre y le he anunciado que el duque de Cornouailles, y su esposa debían llegar aquí esta noche.

EDMUNDO.—¿Y por qué vienen?

CURAN.—De Veras, lo ignoro. ¿Ha llegado a vuestro conocimiento alguna de esas noticias secretas que van murmurándose de oído a oído?

EDMUNDO.—No tal; pero dime, ¿qué noticias son éstas?

CURAN.—¡Cómo! ¿nada sabéis de las querellas surgidas entre el duque de Albania y el duque de Cornouailles?

EDMUNDO.—Ni una palabra.

CURAN.—No tardaréis en quedar enterado. Adiós, señor. (Sale.)

EDMUNDO.—¡El duque aquí! Tanto Mejor. Esta circunstancia llevará a cabo, sin mi intervención, la trama que tengo urdida. Mi padre ha dado orden de arrestar a mi hermano. Se me ocurre un proyecto... que requiere madurarse, pero que he de ejecutar. ¡Ea! ¡celeridad, y ayúdeme la fortuna! ¡Oye, hermano, ven acá! (Entra Edgardo) Nuestro padre te hace vigilar; huye de este castillo; le han indicado tu escondrijo; aprovéchate de la oscuridad de la noche. ¿No has hablado aún con el duque de Cornouailles? Pronto llegará aquí, en compañía de su esposa. ¿Nada te ha dicho de su enemistad contra el de Albania? Procura hacer memoria.

EDGARDO.—Ni una palabra, estoy seguro.

EDMUNDO.—Padre llega; oigo su voz. Es preciso fingir que nos estamos batiendo. ¡Saca tu espada! así; haz corno si te defendieses. ¡Ríndete ahora! ¡Ven ante nuestro padre! ¡Hola, luces! Huye, hermano mío. ¡Antorchas! ¡antorchas! (Sale Edgardo) Bueno; ¡adiós! Si me hiciese un poco de sangre,

lograría persuadirles de que acabo de sostener un combate terrible. (Se hiere el brazo) A borrachos he visto yo hacerse mayor daño en broma. ¡Padre, padre mío! ¡Detenedle! ¡detenedle! ¡Cómo! ¡Nadie me socorre! (Entran el conde de Glocester y varios criados con antorchas.)

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Qué ocurre, Edmundo? ¿dónde está ese malvado?

EDMUNDO.—aquí estaba oculto en las tinieblas, espada en mano, murmurando no sé qué palabras mágicas, e invocando a la luna como divinidad tutelar.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Pero dónde está?

EDMUNDO.—Ved, señor, cómo brota mi sangre.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Dónde se halla ese desventurado, Edmundo?

EDMUNDO.—Ha huido por este lado, viendo que no podía lograr...

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Corred en su persecución! ¡traedlo acá! Decías que no podía lograr...

EDMUNDO.—Inducirme a que le secundara en el asesinato de vuestra señoría. Yo le hablaba de los dioses vengadores que fulminan sus rayos sobre la frente de los parricidas; de los potentes lazos con que la naturaleza une los hijos con los padres. En una palabra, señor: viéndome rechazar con horror los inicuos proyectos de su desalmado corazón, se ha lanzado de improviso sobre mí, espada en mano, hiriéndome el brazo, antes que yo pensara en defenderme. Y cuando ha visto despertar mi furor, y tal vez azorado por mis gritos, ha emprendido la fuga.

EL CONDE DE GLOCESTER.—En vano intenta huir; no saldrá del reino sin verse arrestado, y entonces ¡ay de él! El duque, mi dueño, mi digno y supremo protector, llega esta misma noche. Por su autoridad haré que se proscriba la cabeza del réprobo. Quien logre descubrir a ese cobarde asesino y traerlo al pie del cadalso, cuente con mi gratitud; y el que lo ocultase, con la muerte.

EDMUNDO.—He procurado hacerle desistir de su propósito, pero en vano. Le he maldecido, amenazándole con descubrirlo todo. "¡Miserable bastardo! me ha dicho, ¿imaginas tú que si yo quisiera desmentirte, tu mérito, tu probidad y tu virtud darían crédito a tu acusación? Por más fiel que fuese el retrato que de mi trazaras, bastaría me decir que mientes para hacer que recayesen sobre tu cabeza los proyectos y el crimen que me imputases. Menester fuera que cegaras los ojos del mundo entero para que no viese que el interés que tienes en mi muerte era sobrada y decisiva razón para atentar contra mi vida."

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Singular y consumado bribón! ¡cómo! ¿atreverse a desmentir a su propia sangre? No; de tal hijo no soy padre. Oye; esa trompeta anuncia la llegada del duque. Ignoro la causa de su venida. Mandaré cerrar todas las puertas. No logrará escapar el desdichado. Enviaré sus señas a todas partes; quiero que todo el reino le conozca. Y a ti, mi leal y verdadero hijo, voy a tomar mis disposiciones para legitimarte. (Entran el duque Cornouailles, Regan y séquito)

EL DUQUE DE CORNOUAILLES ¿Qué ocurre mi noble amigo? ¡Apenas acabo de entrar en este castillo cuando llegan a mis oídos extrañas noticias!

REGAN.—Si fuesen ciertas, no hay suplicio bastante para castigar al culpable; y vos, ¿cómo seguís monseñor?

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Tened lástima de mi vejez, señora! ¡mi corazón está roto, quebrantado!

REGAN.—¡Cómo! ¡el ahijado de padre atentar contra vuestros días!

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Ah señora, me avergüenzo al decirlo! ¡hubiera debido sepultar en el silencio tamaña villanía!

REGAN.—¿No figuraba entre ese tropel de libertinos que componen séquito de mi padre?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Lo ignoro, señora... ¡Ah! ¡cuánta, cuanta maldad!

EDMUNDO.—Si, señora; entre ellos figuraba.

REGAN.—Entonces ya no me sorprende su perversidad. Esos disolutos habrán puesto en su mano el puñal contra un anciano, para anticiparse el goce de sus rentas. Esta tarde he recibido noticias de mi hermana enterándome de su conducta, y he tomado mis medidas. Si vienen a alojarse en mi casa, no me encontrarán.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Ni a mi tampoco, Regan; te lo aseguro. He sabido, Edmundo, que acabáis de probar a vuestro padre que en vos tiene un hijo.

EDMUNDO.—Es mi deber, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Si; ha desconcertado los proyectos de ese miserable, y hasta ha quedado herido al intentar apoderarse de su persona.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Ha salido gente en su persecución?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Sí, mi digno señor.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Si le arrestan, no habrá que temer nuevos atentados de su parte. Descansad en mí. Y vos, Edmundo, que habéis dado tan

noble prueba de virtud y obediencia, quedáis agregado desde ahora a mi séquito. Necesito hombres de vuestro temple, dignos de toda confianza, y de ella os habéis hecho merecedor.

EDMUNDO.—Podéis contar siempre, señor, con mi fidelidad.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Os doy gracias en su nombre.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿No sabéis por qué razón hemos venido a visitaros?

REGAN.—¿A esta hora extraordinaria, a través de las sombras de la noche? Necesitamos consultaros, noble conde, sobre asuntos de alguna importancia. Nuestro padre, y también nuestra hermana, nos han escrito acerca de ciertas querellas surgidas entre ellos, y creemos conveniente contestarles cuanto antes. Sus distintos mensajeros aguardan nuestros escritos. Así, pues, buen amigo, auxiliadnos con vuestro parecer; los momentos son preciosos.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Disponed de mí como gustéis, señora. (Salen)

ESCENA II

(Entran el CONDE DE KENT y el INTENDENTE por distintos lados).

EL INTENDENTE.—Buenas noches, amigo: ¿eres de la casa?

EL CONDE DE KENT.—Sí.

EL INTENDENTE.—¿Dónde podremos alojar mis caros caballos?

EL CONDE DE KENT.—En el pantano.

EL INTENDENTE.—Si me aprecias, dímelo.

EL CONDE DE KENT.—No te aprecio.

EL INTENDENTE.—Lo mismo me da, ¡pardiez!

EL CONDE DE KENT.—Algo más te importaría si estuviésemos en el Parque de Lipsbury.

EL INTENDENTE.—¿Por qué me tratas con tanto despego? No te conozco.

EL CONDE DE KENT.—Yo a ti, mucho.

EL INTENDENTE.—¿Y cómo me conoces?

EL CONDE DE KENT.—Como a un bribón, cobarde, necio, de baja estirpe, hijo del oprobio, vil solicitante, vago, miserable esclavo que hace de perro para suplantar al hijo de la casa. En tu persona se reúnen un pícaro, un miserable, un cobarde a quien daré de palos si niegas uno solo de los epítetos que acabo de darte.

EL INTENDENTE.—¿Y quién diablos eres tú para abrumar de injurias a quien no te conoce más de lo que le conoces tú?

EL CONDE DE KENT.—¡Descarado galopín! ¡atreverse a decir que no me conoce! Hace dos días que te derribé y zurré de lo lindo en presencia del rey. Mano a la espada, bribón. Es de noche, pero brilla la luna. Quiero verla a través de tu cuerpo. Desenvaina, vil bastardo; ¡ea, espada en mano! (Saca su espada)

EL INTENDENTE.—Déjame: nada tengo que ver contigo.

EL CONDE DE KENT.—¡Desenvaina, miserable! ¡Ah! ¡con que vienes provisto de cartas contra el rey! Te declaras campeón insolente de una yana mujerzuela contra la autoridad de su padre. ¡Ea, traidor, mano a la espada o te aniquilo! ¡Espada en mano, bribón; defiéndete!

EL INTENDENTE.—Socorro! ¡favor! ¡al asesino!

EL CONDE DE KENT.—(Golpeándole) ¡Defiéndete, cobarde! ¡ea, bribón, defiéndete!

EL INTENDENTE.—¡Favor! ¡al asesino! ¡socorro! (Entran Edmundo, el duque de Cornouailles, Regan, el conde de Glocester y séquito)

EDMUNDO.—¿Qué es eso? ¿qué ocurre? Separaos.

EL CONDE DE KENT.—Si os agrada el juego, mi joven señor, estoy a vuestras órdenes; poneos en guardia.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Cómo! ¡espadas! ¡armas! ¿qué significa...?

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¡Deteneos, pena de la vida! ¿De qué vino esa contienda?

REGAN.—¡Cómo! ¡los mensajeros de mi hermana y del rey!

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¡Hablad! ¿qué motiva esa querella?

EL INTENDENTE.—Apenas puedo respirar, señor.

EL CONDE DE KENT.—No es extraño; ¡has desplegado tanto valor! ¡Cobarde, bribón, la naturaleza reniega de ti!

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Pero ¿acabaréis? ¿de qué vino esa riña?

EL INTENDENTE.—Señor, ese viejo bribón, cuya vida he respetado gracias a su barba gris...

EL CONDE DE KENT.—¡Tú, bastardo, última letra del alfabeto! ¡tú, ser inútil en la humana especie! Permitid, señor, que aplaste a ese miserable, reduciéndolo a picadillo, con que ¿gracias a mi barba gris, embustero?

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Cállate, animal feroz. Olvidas el respeto que debes...

EL CONDE DE KENT.—Es verdad, señor; mas la cólera tiene sus privilegios.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Y qué motivó tu cólera?

EL CONDE DE KENT.—El ver una espada en la mano de un hombre sin honor. Esos bribones se parecen a las ratas que infestan nuestros templos; cuando no pueden desatar los lazos más sagrados, los roen y los desgarran con sacrílegos dientes; lisonjean las pasiones rebeldes a la razón, que surgen

en el seno de sus amos; dan pasto a la llama, aumentando el incendio; su lengua voluble obedece al capricho de su dueño, como la veleta cambia y gira al menor soplo del aire. Como el perro, no tienen más sustento que arrastrarse y seguir. ¡Confúndate el infierno, con tu rostro convulsivo! ¿te mofas de mi discurso, tomándome por loco? Imbécil avechucho, si te encontrase en la llanura de Sarum te obligaría a correr ante mí, graznando, hasta el pantano de Camelot.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Has perdido acaso la razón, buen anciano?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Veamos; ¿qué es lo que ha dado origen a vuestra querrela?

EL CONDE DE KENT.—Menos antipatía hay entre el fuego y el agua, que entre ese bribón y yo.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Por qué le aplicas ese calificativo? ¿qué crimen cometió?

EL CONDE DE KENT.—Su figura me desagradaba.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Quizá tampoco te agrade la mía, la del conde, ni la de la duquesa.

EL CONDE DE KENT.—Señor, mi distintivo es la franqueza. He visto en mis tiempos, sobre otros hombros, cabezas mejores que las que tengo actualmente a la vista.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Sin duda este viejo es un rusticote que, adulado alguna vez por su brutal ingenuidad, afectó desde entonces un tono de insolente franqueza, y nos muestra una fisonomía que su interior desmiente. “No sabe lisonjear, es un hombre honrado, franco, no sabe mentir. “ Si la verdad es acogida benévolamente, tanto mejor; si no agrada, siempre le queda el mérito de ser veraz. ¡Ah! conozco algunos de esos bribones que, bajo una exterioridad de franqueza y hombría de bien, ocultan un alma más artificiosa y corrompida que veinte cortesanos juntos, consumados en el arte de la política y de la lisonja.

EL CONDE DE KENT.—Señor, en buena fe y pura verdad, salvo el respeto que debo a vuestra grandeza, cuya presencia, como los fuegos que coronan la frente radiante de Febo...

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Qué significa eso?

EL CONDE DE KENT.—Es para variar de estilo, ya que el mío os desagradaba tanto. No, no soy adulator, pero el que os engañó por medio de un discurso lleno de franqueza, en apariencia, era un malvado bribón, lo cual nunca seré yo, aunque hubiese de incurrir en vuestro desagrado.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Y en qué te ha ofendido ese hombre?

EL INTENDENTE.—Nunca le ofendí, señor. Poco tiempo ha, el rey, su dueño, interpretando mal lo que yo le decía, intentó golpearme; ese hombre, para lisonjear su cólera, se unió a él y me derribó, insultándome, mofándose de mi y obteniendo los elogios de su señor. ¡Ah! si el rey no hubiese estado presente, no habría quedado yo vencido. Y ahora, engreído con sus proezas, acaba de sacar la espada contra mí.

EL CONDE DE KENT.—Ninguno de esos cobardes quiere que le tengan por menos bravo que Ajax.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Traigan cepos. Ya te enseñaremos, viejo testarudo, venerable fanfarrón...

EL CONDE DE KENT.—Soy demasiado viejo, señor, para aprender. No hagáis que traigan cepos para mí. Sirvo al rey, y es mostrar poquísimos respeto a la augusta persona de mi señor el poner cepos a su mensajero, con tanta malicia y osadía.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Traigan cepos, repito. Tan cierto como quien soy, permanecerás en cepos hasta el mediodía.

REGAN.—¡Cómo! ¿solamente hasta mediodía? Hasta la tarde, monseñor, y aún la noche toda.

EL CONDE DE KENT.—En verdad, señora, no me trataríais más indignamente si fuese el más mísero perro de vuestro padre.

REGAN.—En menos os tengo aún.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—El carácter de ese pícaro es fielísimo trasunto de la descripción que nos da vuestra hermana. ¡Ea, los cepos! (Los traen)

EL CONDE DE GLOCESTER.—Permitid que me atreva a disuadirlos de ese propósito. Grande es sin duda su falta, y el rey su señor sabrá castigarla muy distintamente, pues la pena vil que le preparáis queda reservada a las bajezas y a los pequeños crímenes de las gentes sin ley y sin fe. El rey se ofenderá al verse así insultado y vilipendiado en la persona de su mensajero, y nunca os perdonará el haberle puesto en el cepo.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Ésa es cuenta mía.

REGAN.—¿Y mi hermana no tiene menos derecho de resentirse al ver a su honrado agente insultado, maltratado, por ejecutar fielmente sus órdenes? ¡Ea, ligadle las piernas! Vamos, mi buen señor. (Ponen a Kent en el cepo. Salen Regan y el duque de Cornouailles)

EL CONDE DE GLOCESTER.—Lo siento por ti, mi buen amigo; pero es orden del duque, y sabido es que nadie puede eludirla ni oponerse a ella; mas intercederé por ti.

EL CONDE DE KENT.—No lo hagáis, os lo ruego. He velado largas horas y estoy rendido de fatiga; veré de dormir un rato y después mataré el tiempo cantando. Adiós, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Mal hace el duque obrando así; el rey se considerará ultrajado. (Salen)

EL CONDE DE KENT.—¡Oh, rey mío! este tratamiento es presagio de tu destino. Expulsado de todo asilo y desposeído de todas las dulzuras de la vida, no tienes más bienes que el aire y el calor del sol. (Contempla la luna.) ¡Oh luna! ¡acércate a nuestro globo, para que tus consoladores rayos me permitan leer esa carta! (Después de leerla.) ¡Ah, es de Cordelia reconozco su letra! Un azar venturoso la habrá informado de mi disfraz. Ya hallaré ocasión de salir de esta situación, tan extrema para mí, y de reparar todas las pérdidas de lo pasado. Estoy quebrantado de tantas vigilias y fatigas. ¡Aprovechad este momento, ojos míos que el sueño cierra, para no ver este lugar de oprobio e ignominia! Buenas noches, Fortuna. Sonríeme otra vez, y que gire tu rueda. (Se duerme.)

ESCENA III

Bosque.

(Entra EDGARDO).

EDGARDO.—¡He oído poner precio a mi cabeza! Afortunadamente el hueco de un árbol me ha ocultado a sus pesquisas. ¡No más asilo, ni puerto, ni lugar seguro para Edgardo! Numerosos centinelas y vigilantes espían mis pasos para arrestarme. Mientras aún soy libre, buscaré el medio de conservarme. Se me ocurre la idea de disfrazarme bajo la forma más abyecta y pobre a que la miseria pueda haber degradado al hombre nivelándolo con el bruto. Envejeceré, desfiguraré mi rostro; ceñiré mi talle con un manto hecho jirones; ataré mis cabellos en mil tazadas y mis desnudos miembros afrontarán la injuria de vientos y la inclemencia. Tomaré por modelo a esos evadidos de un manicomio que, exhalando salvajes gritos, hincan en sus magulladas carnes alfileres, clavos, espinas y ortigas, y en tan horrible atavío surgen del fondo de miserables cabañas, de las derruidas granjas, de los parques, de los establos y de los molinos, invadiendo los caminos reales para violentar la caridad, ora con sus ruegos, ora con sus lunáticas imprecesiones. Ser eso, todavía es algo; mientras que siendo Edgardo, nada soy. (Sale)

ESCENA IV

Castillo del conde de Glocester.

(Entran LEAR, EL BUFÓN y un GENTILHOMBRE).

LEAR.—Es extraño que hayan partido de su castillo sin enviarme mi mensajero.

EL GENTILHOMBRE.—Me consta que la pasada noche no tenían la menor intención de partir.

EL CONDE DE KENT.—Salud, mi noble señor.

LEAR.—¡Ja! ¡ja! ¿te sirve de diversión tu vergüenza?

EL CONDE DE KENT.—No, monseñor.

EL BUFÓN.—¡A fe mía, provisto estás de crueles ligas! A los caballos los atan por la cabeza, a los perros y a los osos por el cuello, a los micos por los riñones y a los hombres por las piernas. Cuando un hombre tiene piernas demasiado vigorosas, se le ponen pesadas trabas.

LEAR.—¿Quién se ha equivocado tan groseramente sobre el sitio que te corresponde, para colocarte aquí?

EL CONDE DE KENT.—Han sido él y ella; vuestro yerno y vuestra hija.

LEAR.—¡No!

EL CONDE DE KENT.—Ellos han sido.

LEAR.—Dígame: que no.

EL CONDE DE KENT.—Y yo os digo que sí.

LEAR.—¡Por Júpiter! ¡que no, te juro!

EL CONDE DE KENT.—¡Por Júpiter, Juro que sí!

LEAR.—¡No han osado no han podido quererlo! ¡Pero eso es más que un asesino! ¡ultrajar tan violentamente al más respetable ministerio! Date prisa a explicarme por qué conducta mereciste este castigo, o cómo han podido infligírtelo siendo tú nuestro emisario.

EL CONDE DE KENT.—Apenas, monseñor, llegué al castillo, les supliqué la más pronta lectura de las cartas de vuestra alteza. Aún no me había levantado de la humilde postura en que les manifestaba de rodillas mi atento respeto, cuando acude a toda prisa un correo de la señora Goneril, con una carta de su parte. Léenla al momento, interrumpiendo la lectura de las vuestras, e inmediatamente dan presurosas órdenes a su servidumbre, y se alejan un momento, mandándome que aguarde a saber su respuesta. En esto encuentro al otro mensajero cuya llegada había trastornado el efecto de mi misión. Era el mismo pícaro que no ha mucho se mostró tan insolente ante vuestra alteza. Yo, atendiendo más a la naturaleza que a la reflexión, eché mano a la espada. Tal es la falta que vuestro yerno y vuestra hija han creído digna del vergonzoso castigo que sufro. El miserable ha alarmado toda la casa con sus cobardes clamores.

LEAR.—¡Cómo despierta e invade mi corazón la cólera! Inflamable bilis, vuelve a tu esfera. ¿Dónde está esa hija?

EL CONDE DE KENT.—Aquí, señor, en el castillo con el conde de Gloucester.

LEAR.—No me sigáis; esperadme. ('Sale)

EL GENTILHOMBRE.—¿No habéis cometido más falta que la que acabáis de indicar?

EL CONDE DE KENT.—No. Pero ¿por qué viene el rey con séquito tan poco numeroso?

EL BUFÓN.—Si te hubiesen puesto en el cepo por esta pregunta, merecido lo tendrías.

EL CONDE DE KENT.—¿Por qué, bufón?

EL BUFÓN.—Te llevaríamos a la escuela de la hormiga para enseñarte que en invierno no se trabaja. Todos los que siguen a su nariz, son guiados por los ojos, exceptuando los ciegos; de veinte narices, no hay una siquiera capaz de sentir y distinguir de dónde parte el olor infecto. Si tienes en la mano una rueda grande, suéltala cuando con ella bajas de la montaña, si no quieres, siguiéndola, descalabrarte; pero si ves subir y elevarse algún gran personaje, aférrate a él y te subirá consigo.

EL CONDE DE KENT.—¿Dónde aprendiste eso, bufón?

EL BUFÓN.—De seguro que no fue en el cepo. (Vuelve Lear con el conde de Gloucester)

LEAR.—¡Negarse a hablar conmigo! ¡están enfermos, fatigado, han viajado toda la noche! Pretextos vanos, indicio de rebelión y desacato, Dame otra respuesta mejor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Ya conocéis, noble señor, la arrogancia del duque, y cuán obstinado es en sus resoluciones.

LEAR.—¡Venganza! ¡peste! ¡muerte! ¡confusión! ¡Su arrogancia! ¿qué arrogancia? Glocester, quiero hablar al duque de Cornouailles y a su mujer.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Así acabo de manifestárselo, señor.

LEAR.—El rey quiere hablar con Cornouailles; un tierno padre quiere conversar con su hija, exigiendo de ella obediencia. ¿Se lo has manifestado así? ¡Su arrogancia! ¡arrogancia del duque! ¡por mi sangre y por mi vida! Ve a decir a ese duque tan terrible... mas, no, todavía no; quizá se halla indispuerto. En nuestros achaques, olvidamos todos los deberes inherentes a la salud. Dejamos de ser lo que somos, cuando la naturaleza, oprimida por el dolor, ordena al alma que sufra con el cuerpo. Quiero tranquilizarme; me dejé llevar de la violencia de mis sentimientos, achacando a terquedad de su parte una indisposición, un momento de malestar. ¡Maldición sobre mi estado! (Mirando a Kent) Pero ¿por qué está aquí ése? La brusca partida del duque y su mujer anuncia una oculta trama. Desligad a mi buen servidor. Ve y díles al duque y a su mujer que quiero hablar con ellos inmediatamente. Ordénales que salgan y vengán a oírme, o bien haré redoblar los tambores a la puerta de su habitación hasta que clamen: Dormidos por toda la eternidad.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Quisiera que entre vosotros reinase la mejor armonía. (Sale)

LEAR.—¡Corazón, corazón mío, no te subleves! ¡cállate!

EL BUFÓN.—Créeme, tío, dile a tu corazón lo que aquel papanatas decía a sus anguilas, metiéndolas vivas en el pastel; les cortaba la cabeza con su cuchillo y les gritaba: ¡callad, revoltosas, callad! Ese tal era hermano del otro que amaba tanto a su caballo, que le ponía manteca en el heno. (Entran el duque de Cornouailles, Regan, el Conde de Glocester y séquito)

LEAR.—¡Buenos días a entrambos!

EL DUQUE DE CORNOUAILLES. ¡Guarde Dios a vuestra señoría!

REGAN.—¡Tengo gran satisfacción en ver a vuestra alteza!

LEAR.—Así lo creo, Regan, y me sé la razón. Si mi presencia no fuese para ti satisfactoria, divorciaríame yo de la tumba de tu madre entonces sólo guardaría las cenizas de una adúltera. (Al conde de Kent) ¡Ah! ¿con que ya es libre? De eso trataremos luego. Mi querida Regan; tu hermana es una miserable; como un buitre ha hincado el agudo diente de la ingratitud

aquí (señalando su corazón), apenas puedo hablarte, no, no podrías creer con qué dureza su alma depravada... ¡Oh, Regan!

REGAN.—Os suplico, señor, que os moderéis; creo que antes podríais vos olvidar su merecimiento, que ella su deber.

LEAR.—¿Cómo? ¿qué dices?

REGAN.—No puedo creer que mi hermana haya faltado en lo más mínimo a lo que os debe. Si ha ocurrido que haya deseado poner un freno a la licencia de vuestros caballeros, débese a motivos tan legítimos y a miras tan laudables, que no merece por ello el menor reproche

LEAR.—¡Maldita sea!

REGAN.—¡Ah, señor! ¡sois ya viejo! ¡la naturaleza llega, en vos, al límite de su carrera! ¡debierais dejaros guiar por alguna persona prudente, más conocedora de vuestro estado que vos mismo. Así, pues, os ruego que volváis junto a mi hermana y convengáis en que la injuriasteis.

LEAR.—¡Pedirle perdón yo! ¡qué proceder tan puesto en orden! Irle yo a decir (se arrodilla): "Querida hija mía, confieso que soy viejo; un viejo es un ente inútil; me prosterno a tus plantas; dignate concederme una vestidura, un lecho y un bocado de pan."

REGAN.—Basta, señor; cesad en esa chanza poco sensata. Volved al lado de mi hermana.

LEAR.—Jamás, Regan. Tu hermana me ha despojado de la mitad de mi séquito; ha fijado en mi rostro una mirada de cólera; su lengua, como dardo de serpiente, ha atravesado mi corazón. ¡Derrama, oh cielo, sobre su ingrata cabeza todos los tesoros de tu venganza! ¡vapores contagiosos, penetrad en sus juveniles miembros y quebrantad sus formas!

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¡Fi! ¡fi! ¡fi!

LEAR.—¡Rayos veloces, fulminad con vuestras llamas aquellos ojos donde vi brillar el desprecio! ¡marchitad su belleza, pestíferos vapores, que el potente sol aspira del fondo de los pantanos, y ennegreced aquellos atractivos que constituyen su orgullo!

REGAN.—¡Oh dioses! ¡no vayáis a maldecirme también en esos arranques de furor!

LEAR.—No, Regan; jamás caerá sobre ti mi maldición; tu alma, que nació dulce y tierna, no se abandonará jamás a la dureza. Los ojos de tu hermana son feroces; el dulce brillar de los tuyos da consuelo. No, en tu corazón no entra el estorbar mis placeres, el cercenarme una parte de mi séquito, el

injuriarme con insolentes frases, ni el mutilar mi grandeza. Tú no correrás los cerrojos a la llegada de tu padre. Tú conoces mejor los deberes de la naturaleza, las obligaciones de los hijos, los procedimientos de la humanidad, de la honradez, de la gratitud.

REGAN.—Al grano, señor, al grano. (Óyense trompetas a lo lejos)

LEAR.—¿Quién ha castigado a mi mensajero con el cepo? (Entra el Intendente.)

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Qué anuncia esa trompeta?

REGAN.—Reconozco, ese sonido; la llegada de mi hermana. Su presencia confirma su letra en que me anunciaba su venida. ¿Ha llegado vuestra señora?

LEAR.—He ahí un esclavo que, en breve tiempo, ha fundado su orgullo en el frágil favor de su ama. ¡Largo de aquí, miserable, fuera de mi presencia!

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Qué pretende vuestra gracia?

LEAR.—¿Quién ha puesto a mi mensajero en el cepo? Supongo, Regan, que no interviniste en ello. (Entra Goneril) ¿Quién llega? ¡Dioses! Si amáis a los ancianos; si la dulzura de vuestro gobierno paternal ordena y consagra la obediencia filial; si también sois viejos, defended vuestra causa en la mía. (A Goneril.) ¡Cómo! ¿no te avergüenzas al aspecto de mis caballos blancos? ¿y tú, Regan, unes tu mano a la suya?

GONERIL.—¿Y por qué no habría de estrechar mi mano, señor? No es ofensa todo lo que la indiscreción o la demencia calificaron con este nombre.

LEAR.—¡Oh corazón mío, eres demasiado insensible! ¡Cómo! ¿puedes tolerarlo, y no te rompes? ¿Quién se atrevió a poner mi mensajero en el cepo?

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Yo he sido, señor; no merecía menos su falta.

LEAR.—¡Vos! ¡habéis sido vos!

REGAN.—¡Ah, padre mío! si vuestra razón se debilita, convenid en ello. Si hasta que el presente mes haya espirado queréis volver a casa de mi hermana y morar en ella, despedid a la mitad de vuestro séquito y venios después a nuestro castillo. Actualmente, me he ausentado de allí, y carezco de las provisiones necesarias para vuestro mantenimiento.

LEAR.—¡Volver a su mansión! ¡Despedir a cincuenta de mis caballeros! ¡No; antes renunciaría a vivir bajo techado, prefiriendo exponerme a la inclemencia del aire, en compañía de los lobos y los búhos, blanco de todos los dardos de la más horrible necesidad! ¡Volver a su morada! Antes preferiría

presentarme al fogoso rey de Francia, que tomó sin dote a mi hija menor, y mendigar de su mano la pensión de sus escuderos, albergándome en el más oscuro asilo! ¡Volver a su mansión! ¿Por qué no me aconsejas que entre en el servicio de esa mujer detestada, confundido en la ínfima fila de sus esclavos?

GONERIL.—Como gustéis, Señor.

LEAR.—Te lo ruego, hija mía; no hagas que me vuelva loco. No quiero causarte la menor incomodidad, hija mía. Adiós, no volveremos a encontrarnos más, pero con todo eso eres mi carne, mi sangre, mi hija. O más bien eres veneno engendrado de mi sangre corrompida. Nada quiero reprocharte; caiga sobre ti el oprobio, cuando quiera; no lo llamaré. No provocaré sobre tu cabeza los dardos del dios que fulgura el rayo. Enmiéndate cuando puedas. Todo puedo sufrirlo con paciencia. Me quedaré en casa de Regan, con mis cien caballeros.

REGAN.—No todos juntos. Aun no os esperaba, y nada he dispuesto para recibiros como conviene. Dad oídos a las proposiciones de mi hermana. Los que asocian su cordura a vuestra pasión deben resignarse y pensar que sois viejo y que... Pero mi hermana obra bien en lo que hace.

LEAR.—¿Es franco ese lenguaje?

REGAN.—Así lo sostengo. ¡Cómo! ¿no bastan cincuenta caballeros? ¿necesitáis más? Todo ocurre contra tamaña muchedumbre: el agobio y el peligro. ¿Cómo pueden vivir en buena inteligencia, en una sola y misma casa, tantas personas sometidas a dos dueños. Es muy difícil, casi imposible.

GONERIL.—¿Y qué, señor? no podríais haceros servir por sus criados o por los míos?

REGAN.—¿Por qué no podríais, señor? Si llegasen a faltáros, castigarlos sabríamos. Si dentro de algunos días queréis venir a mi morada (pues ya entreveo el peligro) os ruego que no traigáis más de veinticinco caballeros; no tengo sitio para mayor número.

LEAR.—Recordad que os lo di todo.

REGAN.—Y lo disteis oportunamente.

LEAR.—Os hice mis guardianas, mis depositarias, no reservándome sino cierto número de oficiales para mi séquito. ¿Para entrar en casa sólo he de llevar veinticinco ¿no acabas tú de decirlo?

REGAN.—Y lo repito, señor; ni más.

LEAR.—Una mujer arrugada, ajada parece aún hermosa junto a otras mujeres más viejas y decrepitas que ella. Basta no ser el peor para merecer todavía algún elogio. (A Goneril) Volveré a tu castillo. Tus cincuenta son el doble de sus veinticinco, y así, tu cariño es doble que el suyo.

GONERIL.—Escuchad, señor, ¿qué necesidad tenéis de veinticinco caballeros, ni siquiera de diez, ni aún de cinco, para venir a una casa donde encontraríais a un número de servidores tres veces mayor?

REGAN.—¿Qué necesidad tenéis ni de uno solo?

LEAR.—¿Qué estáis hablando de necesidad? El mendigo más miserable goza de alguna superfluidad en medio de su pobreza. Si al hombre sólo le concedes lo estrictamente necesario, su vida será tan barata como la del bruto. Princesa eres: si todo el lujo consistiese en vestir bien abrigada, ¿necesita la naturaleza de esos preciosos trajes que llevas y que apenas pueden defenderte del filo? Otra cosa necesito yo: la paciencia; otorgádmela, clementes dioses. En mi veis a un desventurado viejo, tan abrumado por el dolor como por el peso de sus años. Si sois vosotros los que armáis a estas hijas contra su padre, no me inspiréis demasiada insensibilidad para soportar tranquilo sus injurias; infundidme una noble cólera. No manchille las mejillas de un anciano el llanto, única arma de la mujer. Sí, monstruos desnaturalizados, de vosotras tomaré una venganza que el mundo entero... Ignoro a qué extremos llegaré; pero juro que ha de temblar la tierra. ¿Pensabais verme llorar? No lo lograréis. Verdad es que me sobra motivo para ello: mas antes de verter una sola lágrima, quedará roto en pedazos mi corazón. ¡Ah! ¡temo volverme loco! (Salen Lear, los condes de Glocester y de Kent, y el bufón)

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Retirémonos; la tempestad nos amenaza. (Oyese el fragor del trueno)

REGAN.—Esta casa es pequeña; no caben en ella el rey y su séquito.

GONERIL.—Culpa suya es si se atormenta y se priva de reposo; así se resentirá de su locura.

REGAN.—A él, personalmente, lo acogería con mucho gusto; pero a ninguno de su séquito absolutamente.

GONERIL.—Lo mismo digo. Pero ¿dónde está el conde de Glocester?

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Salió con el viejo; ya vuelve.

EL CONDE DE GLOCESTER.—El rey está sumamente enfurecido.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Y hacia dónde va?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Ha ordenado que dispongan los caballos; pero ignoro su designio.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Lo mejor será dejarle obrar a su antojo.

GONERIL.—Monseñor, no le invitéis a quedarse.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Ah! la noche se aproxima, y el viento empieza a soplar con violencia. En el espacio de varias millas apenas se encuentra un árbol para refugio.

REGAN.—¡Ah, señor! a los hombres tercos y obstinados deben servir de lección los males que por sí propios se atraen. Cerrad las puertas. Los que le siguen son gente decidida; pueden abusar de su estado de debilidad, y la prudencia aconseja que nos prevengamos contra sus desmanes.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Cerrad las puertas, señor. ¡Vaya qué noche más cruel! Mi Regan opina muy cuerdamente; preservémonos de la tempestad.
(Salen)

Acto tercero

ESCENA I

Claro en un bosque. Noche tempestuosa.

(Entran el CONDE DE KENT y un GENTILHOMBRE por distintos lados).

EL CONDE DE KENT.—¿Quién anda por aquí sin temor a la tempestad?

EL GENTILHOMBRE.—Un hombre cuyo corazón encierra una tempestad mayor.

EL CONDE DE KENT.—¡Ah, os reconozco! ¿dónde está el rey?

EL GENTILHOMBRE.—Disputando con furor contra los elementos. Manda a los vientos que se agiten, levantando las olas del Océano, hasta tragarse la tierra, a fin de que la naturaleza cambie o se aniquile. Arranca sus nevados cabellos, que el impetuoso aquilón arrebató y dispersa sin piedad en los aires. En esta noche terrible, en que la osa exhausta de leche permanece en su cueva con sus hambrientos hijuelos, en que los leones y los lobos, a pesar del hambre, sólo procuran ponerse al abrigo de la tempestad, el rey, corriendo de uno a otro lado, descubierta la cabeza, pretende que su mezquina existencia desafía al granizo y a los desencadenados vientos, y reta a grandes gritos al destino y a la destrucción.

EL CONDE DE KENT.—¿Y quién le acompaña?

EL GENTILHOMBRE.—Nadie más que su bufón, que con sus chanzonetas intenta calmar el dolor de las injurias que despedazan su alma.

EL CONDE DE KENT.—Sé que sois hombre honrado, y me atrevo a confiaros un encargo de alto valor. Hay desavenencias entre el duque de Albania y el de Cornouailles. Aun cuando sus odios se ocultan todavía bajo el velo del disimulo, tienen servidores que, haciendo alarde de fidelidad, sirven de espías al rey de Francia, informándole de cuanto ocurre en nuestro país. De resultas, una armada francesa acaba de caer sobre nuestra dividida nación. Ya los enemigos, sacando provecho de nuestra negligencia, se han procurado un desembarque secreto en nuestros mejores puertos y se disponen a desplegar ostensiblemente sus banderas. Oíd ahora mi encargo: si he sabido inspiraros alguna confianza volad a Douvres; allí encontraréis a una

persona que os dará señaladas pruebas de agradecimiento cuando oiga el relato fiel de las atroces injurias y de los inicuos pesares con que se tortura a nuestro rey. Para demostraros que soy algo más de lo que mi traje anuncia, tomad esta bolsa. Si veis a Cordelia (y no dudo que la veréis) enseñadle esta sortija, y ella os dirá quién es el hombre que aún no conocéis. ¡Fatal tempestad! ¡Corro en busca del rey!

EL GENTILHOMBRE.—Tomad mi mano. ¿Habéis de encargarme algo más?

EL CONDE DE KENT.—Una palabra todavía, y es la más importante. Seguid este sendero, mientras yo tomo aquél. El primero de nosotros que encuentre al rey, avisará al otro dando un grito. (Salen)

ESCENA II

Otro punto del bosque. Crece la tempestad.

(Entran LEAR y el BUFÓN).

LEAR.—Brama y desencadénate ¡Oh viento! desplegando todo tu furor. Huracanes, cataratas y tempestades, derramad vuestros torrentes sobre la tierra: sepultad bajo las aguas la cima de nuestras torres y de nuestros campanarios: fuegos sulfurosos, ejecutores del pensamiento, embajadores del rayo que estalla y rompe las encinas, abrasad mis canas: horrísono trueno que todo lo conmueves, aplasta el globo del mundo, destroza todos los mundos de la naturaleza, y extermina los gérmenes todos que producen el hombre ingrato.

EL BUFÓN.—Óyeme, tío: más vale, en casa, agua bendita, que agua del cielo en mitad del llano. Ve a implorar la compasión de tus hijas: noche como ésta no se apiada del loco, ni del cuerdo.

LEAR.—Agota tus flancos, huracán, derramando tus torrentes de lluvia y fuego; vientos, trueno tempestad, no sois vosotros mis hijas: elementos furiosos no os acuso de ingratitud. No os he dado un reino; no sois hijas mías, ni me debéis obediencia. Descargad, pues, sobre mi todo el furor de vuestros crueles fuegos; soy vuestro esclavo sumiso, pobre y débil anciano abrumado bajo el peso de los achaques y el desprecio, y sin embargo, tengo el derecho de llamaros cobardes ministros, que os aliáis con dos hijas perversas, declarándome la guerra desde las alturas, eligiendo por meta de vuestros horribles combates mi vieja cabeza cubierta de blancos cabellos. ¡Oh, si! ¡vergonzosa cobardía! (Entra el conde de Kent) No digo más; he de ser modelo de paciencia.

EL CONDE DE KENT.—¿Quién va allá?

EL BUFÓN.—Un mendigo y un rey; un loco y un cuerdo.

EL CONDE DE KENT.—¡Cómo! ¡vos aquí, señor! Desde que soy hombre, no recuerdo haber visto semejantes surcos de fuego, ni oído truenos semejantes entre el horrible choque de la lluvia y de los rugientes vientos. La

naturaleza del hombre es demasiado débil para soportar la violencia de este huracán y de tantos azotes a la vez.

LEAR.—¡Sepan los potentes dioses distinguir y herir a sus verdaderos enemigos! ¡Tiembla, desventurado, que guardas en tu seno crímenes ignorados e impunes! ¡Ocúltate sanguinaria mano del asesino! ¡Huye, perjurado, y tú, hipócrita, que bajo la máscara de la virtud, cometes el incesto! ¡Tiembla, malvado, que bajo un velo de humanidad y benevolencia atentaste contra la vida del hombre! ¡Y vosotros, crímenes escondidos a toda mirada, rasgad el velo que os cubre y pedid perdón a los terribles heraldos de la justicia divina. En cuanto a mí, más males que he cometido.

EL CONDE DE KENT.—¡Ah, señor! ¡cómo! ¿desnuda la cabeza? Mi buen señor; aquí cerca hay una cabaña. Tal vez su dueño os la preste contra la tempestad. Entra a descansar mientras yo vuelvo al encuentro de esa familia más dura que la piedra de que está formado su castillo.

LEAR.—Mi espíritu comienza a perturbarse. Ven, hijo mío, ¿cómo te encuentras? estás muriéndote de frío, y yo estoy helado. ¿Dónde está esa paja, buen muchacho? ¡A qué extremos nos reduce la necesidad! ¡cuánto precio da a lo que antes estimábamos vil! Ea, vamos, vamos a esa choza. ¡pobre bufón, pobre chico! ¡aún hay en mi corazón una fibra que padece por ti! (Salen)

ESCENA III

Salón en el castillo del conde de Gloucester.

(Entran el conde de GLOCESTER y EDMUNDO).

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Ah, querido Edmundo! esa conducta desnaturalizada me subleva. Yo sólo les pedía el permiso de compadecerle, y me han prohibido el libre uso de mi propia casa, añadiéndome, so pena de incurrir en su eterno desagrado, que jamás vuelva a hablarles de él.

EDMUNDO.—¡Salvaje y desnaturalizado comportamiento!

EL CONDE DE GLOCESTER.—Escucha, y guarda el secreto: hay desavenencia y algo peor entre los dos duques. He recibido esta noche una carta que sería peligroso divulgar, y que he encerrado en mi gabinete. Vengado quedará el rey de las injurias con que le tratan hoy. Se ha levantado un ejército; adhirámonos al partido del rey. Voy a buscarle y a consolarle en secreto. Tú, Edmundo, quédate junto al duque y toma nota de sus palabras; que por nada del mundo sospeche el interés que te tomas por la suerte de Lear. Si preguntare por mí, dile que estoy enfermo, en cama. ¡Hasta me han amenazado con la muerte! Si muero, no importa; de todos modos quiero socorrer al rey, mi buen señor. Ya ves la importancia del secreto que en ti confío; sé prudente y circunspecto . (Sale)

EDMUNDO.—¡Mísero de ti! Pronto quedará enterado el duque de esa carta y de los sentimientos de piedad que te ha vedado. Parece que éste ha de ser un servicio asaz importante, para que me lo recompensen con todo lo que mi padre pierda. Sí, en verdad; la juventud ha de elevarse sobre las ruinas de la vejez. (Sale)

ESCENA IV

Claro en el bosque. Una cabaña.

(Entran LEAR, el CONDE DE KENT y el BUFÓN).

EL CONDE DE KENT.—Entrad, monseñor; la inclemencia de esta noche tiránica sobrepuja las fuerzas del hombre. Hay que guarecerse bajo techado.

LEAR.—Déjame solo. (Continúa la tempestad)

EL CONDE DE KENT.—Entrad, señor, os lo ruego.

LEAR.—¿Destrozarás mi corazón?

EL CONDE DE KENT.—¡Antes el mío! Entrad, señor.

LEAR.—Consideras como un mal insoportable esa furiosa tempestad que penetra hasta nuestros huesos. Lo será para ti; pero el que tiene poseído su corazón por inmenso dolor no hace caso de tan leve pena. Si un oso te persigue, echaras a correr; mas si tu fuga tropieza con el obstáculo del embravecido mar, retrocederás afrontando a la bestia feroz. Cuando el alma está libre, el cuerpo es delicado y sensible al dolor; pero la tempestad que agita mi corazón, le ha cercenado los demás sentimientos. ¡La ingratitude de nuestros propios hijos! ¿No es como si mi boca mordiese a mi mano cuando ésta le ofrece su alimento? Pero me vengaré; no, no quiero llorar más. ¡Rechazarme de su casa y cerrarme su puerta, en tan horrible noche! Ruge tempestad; yo soportaré tus furores. ¡En noche tan atroz! ¡Oh Regan! ¡Oh Goneril! ¡A vuestro tierno y anciano padre, a cuyo cariñoso corazón lo debéis todo! ¡Oh, esta idea me vuelve frenético! ¡desechémosla, no la recordemos más!

EL CONDE DE KENT.—Entrad, mi buen señor.

LEAR.—Entra tú, si quieres, y procura abrigarte. Esa tempestad me libra de otras ideas que me harían más daño que ella. ¡No importa! Entremos. (Al bufón) Pasa tú delante, hijo mío. ¡Oh, indigencia sin asilo! ¡Vamos, entra! Voy a orar al cielo, y después dormiré. (El bufón entra.) ¡Pobres desheredados, donde quiera que os halléis, aguantando todo el furor de esta implacable tempestad ¿cómo pueden resistirla vuestras cabezas sin

abrigo y vuestros miembros mal cubiertos de andrajos y extenuados por el hambre? ¡Ah! ¡mucho olvida vuestras necesidades! Lujo devorador, ve ahí tu remedio: exponte a sufrir lo que los desheredados sufren y aprenderás a despojarte de lo superfluo de tus bienes, repartiéndolo entre los pobres y alcanzando perdones del cielo.

EDGARDO.—(Desde dentro.) ¡Una braza y media! ¡una braza y media! ¡pobre Tom!

EL BUFÓN.—(Saliendo precipitadamente.) No entres, tío; hay fantasma. ¡Socorro! ¡socorro!

EL CONDE DE KENT.—Dame tu mano. ¿Quién va allá?

EL BUFÓN.—Una fantasma, os repito, y dice que se llama pobre Tom!

EL CONDE DE KENT.—¿Quién eres tú, que así ruges sobre la paja? Sal de ahí. (Entra Edgardo, disfrazado grotescamente.)

EDGARDO.—¡Vete! ¡el demonio negro me persigue! ¡a través de los espinosos matorrales sopla la punzante brisa! ¡Corre a tu cama y caliéntate!

LEAR.—¿Lo diste todo a tus hijas? ¿a tal extremo te redujiste?

EDGARDO.—¿Quién quiere dar limosna al pobre Tom, que el negro espíritu ha paseado a través de fuegos y llamas, de ríos y abismos, de lagos y barrancos, llenando de cuchillos sus almohadas, de cuerdas sus sillas y de ponzoña sus alimentos, insuflando la temeridad en su corazón y haciéndole franquear altísimas vallas, galopando en impetuoso corcel? ¡Guarde Dios a los cinco sentidos de la naturaleza! ¡Tom se muere de frío!, ¡oh!, ¡oh!, ¡oh!, ¡oh! ¡Presérvete el cielo de huracanes, de astros malignos y de sortilegios! ¡Una limosna al pobre Tom, torturado por el negro espíritu! ¡Ah! ¡si pudiese cogerle aquí, si pudiese cogerle allí, y después acá, y después acullá! (La tempestad redobla.)

LEAR.—¡Cómo! ¡a tal extremidad te redujeron tus hijas! ¿no supiste conservar nada para ti? ¿se lo diste todo?

EL BUFÓN.—No tal; se reservó prudentemente un abrigo.

LEAR.—¡Pues bien! ¡caigan sobre tus hijas todas las plagas que el acaso tiene suspendidas en las alturas!

EL CONDE DE KENT.—¡Ah, señor! el desdichado no tiene hijas.

LEAR.—¡Cómo, traidor! ¿que no tiene hijas, dices? ¡Muerte y exterminio! ¿qué pudo haberle reducido a tan profunda miseria, sino la ingratitud de sus hijas? ¿es, hoy, costumbre que los padres, desposeídos de todo, no hallen piedad en su propia sangre?

EDGARDO.—El negro espíritu estaba en la cumbre de la montaña gritando ¡hola! ¡hola!

EL BUFÓN.—Temo que esta noche glacial nos vuelva locos a todos.

EDGARDO.—¡Cuidado con los espíritus malignos! Obedece a tus padres, persevera en tu fe, no jures, no corrompas a la mujer ajena. Tom se muere de frío.

LEAR.—¿Quién eras tú, antes?

EDGARDO.—Yo era un criado henchido de orgullo; rizaba mis cabellos y ostentaba en el sombrero los guantes de mi señora, prestándome a sus amorosos ardores y cometiendo el acto de las tinieblas. Profería tantos juramentos como palabras, y era perjurio a la faz del paciente cielo. Dormíame fatigado de disoluciones, y sólo despertaba para proseguirlas. Mi pasión dominante era el vino; también me agradaba el juego, y sobrepujaba a un sátiro en amor. Tenía falso el corazón, crédulo el oído y sanguinaria la mano. En glotonería era un cerdo; en la astucia, zorro: en rapacidad, lobo; en agarrar la presa, león. No fíes tu pobre corazón a la mujer, teme el dulce rozar de su traje de seda, y de su breve zapatito. Pero aún continúa soplando la aguda brisa a través de los matorrales, diciendo: suum, mun, ¡ah, no, Delfín, hijo mío, cesa, déjala pasar! (Sigue la tempestad.)

LEAR.—Más te valiera estar en la tumba que aquí con tus desnudos miembros expuestos al enojado cielo. ¡Mira lo que es el hombre! ¡reflexiónalo bien Lear! Tú no debes seda a los gusanos, lana a los cameros, perfume al gato de algalia, ni pieles a las bestias salvajes. ¡Ah! tres estamos aquí con la razón extraviada; pero tú eres la locura misma. El hombre sin bienes de fortuna es un ser pobre, desnudo, un verdadero bruto, como tú. Ea, lejos de mí, vestiduras extrañas al hombre, vanos disfraces de la triste humanidad, dejadme. (Rasga sus vestiduras.)

EL BUFÓN.—Óyeme, tío, te mego que te calmes; esta noche no es muy a propósito para nadar. Ahora, un poco de fuego en esta desierta planicie, se parecería al corazón de un viejo disoluto, donde aún arde una ligera chispa mientras el resto del cuerpo está completamente helado. ¡Mira, mira, un fuego fatuo!

EDGARDO.—¡Ah! es el maligno espíritu Flibberligibel, comienza su carrera a la hora de la queda y camina hasta el primer canto del gallo; da vuelta a la tierra, corrompe las mieses y atormenta a las pobres criaturas, enturbiando su vista y dándoles catarata y convulsiones. (Entra el conde de Gloucester, con una antorcha encendida.)

LEAR.—¿Quién es ese hombre?

EL CONDE DE KENT.—¿Quién va? ¿a quién buscáis?

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Y quiénes sois vosotros? ¿cómo os llamáis?

EDGARDO.—Yo soy el pobre Tom, que se alimenta de ranas, sapos y lagartijas. En el furor que el maligno espíritu le infunde, se harta de alimentos odiosos, tragando ratas viejas y perros muertos; bebe la verdosa capa de las aguas estancadas; enante de pueblo en pueblo, por donde quiera es apaleado, encadenado, arrestado.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Cómo! ¿no tiene Vuestra Gracia mejor compañía?

EDGARDO.—El príncipe de las tinieblas es un gentilhombre; le llaman Modó y Mahú.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Monseñor, nuestros hijos se han vuelto bastante malvados para odiar a los que les dieron vida.

EDGARDO.—Tom se está muriendo de frío.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Venid conmigo, señor; mi deber no llega hasta el punto de obedecer en todo las órdenes crueles de vuestros hijos. Aun cuando me han mandado que os cierre todas las puertas de mi casa, dejándoos expuesto a las iras de la noche, me he aventurado a veniros a buscar para conducirlos a un asilo donde tendréis fuego y comida.

LEAR.—Dejadme primero conversar con este filósofo. ¿Cuál es la causa del trueno?

EL CONDE DE KENT.—Mi buen señor, aceptad su ofrecimiento, entrad en esa casa.

LEAR.—He de decir una palabra a ese sabio Tebano. ¿En qué os ocupáis?

EDGARDO.—En defenderme del espíritu maligno.

LEAR.—Oídme dos palabras.

EL CONDE DE KENT.—Instadle a que se vaya; su razón comienza a extrañarse.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Y lo extrañas? Sus hijas desean su muerte. ¡Ah! bien había predicho el digno Kent cuanto ocurre; el infortunado está proscrito. ¿Dices tú que el rey comienza a perder la razón? Estoy por decirte que yo mismo la tengo casi perdida. Tenía un hijo y lo proscibí de mi sangre; pocos días ha, intentó asesinarme. Yo le amaba, sí; nunca otro padre amó tanto a su hijo. Confieso que la pena trastomó mi espíritu. ¡qué noche más triste. (A Lear.) ¡Venid, señor!

LEAR.—¡Ah, perdonad! Venid conmigo, noble filósofo.

EDGARDO.—Tom se muere de frío.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Vamos, camarada; entra en tu choza y procura calentarte.

LEAR.—¡Ea! entremos todos.

EL CONDE DE KENT.—Por aquí, monseñor.

LEAR.—¡Oh! con él; quiero tener siempre a mi filósofo junto a mí.

EL CONDE DE KENT.—Buen señor; atraedle con dulzura, y que le acompañe este hombre.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Llevadlo vos mismo.

EL CONDE DE KENT.—¡Ea, camarada! venid con nosotros.

LEAR.—Ven, bravo ateniense.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Silencio, silencio, peht!

EDGARDO.—Llegó el noble Rolando a la tenebrosa torre, retenido el aliento.
¡Fi! ¡puah! ¡fum! venas hay sangre bretona! (Salen)

ESCENA V

Castillo del conde de Glocester.

(Entran el DUQUE DE CORNOUAILLES y EDMUNDO).

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Quiero vengarme de él antes de abandonar su castillo.

EDMUNDO.—Sin embargo, señor; podrían imputarme como crimen el haber sofocado la voz de la naturaleza en aras de la fidelidad a mi príncipe. Tal idea me causa algún escrúpulo.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Ahora comprendo que no fue tan depravado vuestro hermano, cuando quiso atentar a su vida. Sin duda su mérito menospreciado se instó contra la malignidad de ese perverso.

EDMUNDO.—¡Cuán cruel es mi destino, que haya de arrepentirme de ser justo! Sí, aquí está la carta de que me habló; demuestra que está de acuerdo con los franceses, cuyos intereses sirve. ¡Oh dioses! ¡Por qué no precavisteis esta traición, y por qué no elegisteis a otro para delatarla!

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Sígueme a la habitación de la duquesa.

EDMUNDO.—Si son ciertas las noticias que encierra esa carta, no serán pocas sus consecuencias.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Falsas o verídicas, te han hecho conde de Glocester. Descubre el paradero de tu padre, y procuremos apoderarnos de su persona.

EDMUNDO.—(Aparte.) Si le encuentro en compañía del rey, con esta circunstancia se aumentarán las sospechas. Continuará siéndoos fiel, aun cuando tenga que sostener un rudo combate entre vos y la naturaleza.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—En ti deposito mi entera confianza; si el destino te arrebatara un padre, hallarás en mí otro más tierno. (Salen.)

ESCENA VI

Cuarto en una granja.

(Entran los condes de KENT y de GLOCESTER, LEAR, el BUFÓN y EDGARDO).

EL CONDE DE GLOCESTER.—Mejor está uno aquí, que en la llanura; felicitaos de estar bajo techado. Procurará añadir alguna mayor comodidad a vuestro albergue. Vuelvo en seguida. (Sale)

EL CONDE DE KENT.—Toda la fuerza de su razón ha sucumbido; no atiende sino a su impaciencia. ¡Recompense el cielo su bondad!

EDGARDO.—Frateretto me llama, y dice que Nerón está pescando con caña en el lago de las tinieblas. Orad, inocentes, y guardaos del maligno espíritu.

EL BUFÓN.—Dime tío: un loco ¿es noble o plebeyo?

LEAR.—Es un rey, un rey.

EL BUFÓN.—No tal, es un plebeyo; porque loco es el plebeyo que ennoblece a su hija y la ve colocada ante su padre.

LEAR.—¡Ah! ¡si tuviese a mis órdenes un ejército armado de espadas candentes para caer sobre ellas, silbando como serpientes!

EDGARDO.—El maligno espíritu me muerde la espalda.

EL BUFÓN.—Insensato quien fía en la mansedumbre de un lobo domesticado, en la grupa de un caballo, en la amistad de un joven y en el juramento de una cortesana.

LEAR.—Así será; voy a congregarlos al momento. (A Edgardo.) Ven, siéntate aquí, sabio juez. (Al bufón.) Y tú, cuerdo consejero, siéntate acá. ¡Bravo! ¡raposos míos!

EDGARDO.—Contemplad su facha y su turbio mirar. ¿Necesitas espectadores para tu pleito, madama? " Ven, Betty, desde la otra orilla del río, a mi lado."

EL BUFÓN.—"Su lancha hace aguas; y no ha de decirte por qué no quiere venir".

EDGARDO.—El maligno espíritu asedia los oídos del pobre Tom con acento de ruiñón. Hopdance, desde el fondo de mi estómago, me pide a voz en grito dos arenques blancos. No graznes más, ángel negro; no tengo manjares para ti.

EL CONDE DE KENT.—(A Lear.) ¿Os encontráis bien aquí, señor? Desechad estos extraños desvaríos; ¿queráis sentaros en estos almohadones?

LEAR.—Veamos antes su proceso. Traigan los testigos. (A Edgardo.) Tú, magistrado, ocupa tu sitio; (al bufón) y tú, colega suyo, uncido al yugo de la equidad, siéntate a su lado. (A Kent.) Vos formáis parte del tribunal, sentaos también.

EDGARDO.—Procedamos con arreglo a justicia. ¿Duermes o velas, gentil pastor? Tu rebaño paca en los trigos. ¡Uf el gato está borracho!

LEAR.—Comparezca primero la mayor, Goneril. Afirmo, bajo juramento, ante tan honrada asamblea, que la avisada expulsó al rey su padre, a puntapiés.

EL BUFÓN.—Adelante, señora: ¿es vuestro nombre Goneril?

LEAR.—No puede negarlo.

EL BUFÓN.—Perdonad; os tomaba por un escabel.

LEAR.—Mirad, aquí llega otra, cuyos ojos huraños denuncian el temple de su corazón. Detenedla: armas, armas, espada, llamas. La corrupción se ha infiltrado en ésta. ¿Por qué la dejaste huir, pícaro juez?

EDGARDO.—Guarde Dios tus cinco sentidos naturales.

EL CONDE DE KENT.—¡Clementes cielos! ¿Dónde está, señor, aquella paciencia de que tanto alardeabais?

EDGARDO.—(Aparte.) El interés que me inspiran sus males empieza a arrancarme lágrimas que denunciarán mi disfraz.

LEAR.—Oye, escucha cómo ladran en pos de mí los penillos y la jauría entera, Tray, Blanch, Sweetheart.

EDGARDO.—Tom les hará frente. Atrás mastín, lebrel, galgo, podenco larga cola; Tom os hará gemir y llorar. Al ver mi arrojito todos saltan y huyen.

LEAR.—¡Ea! que disequen a Regan: veamos de qué elementos se formaba su corazón. ¿Hay algo en la naturaleza que pueda volver tan duros esos corazones? (A Edgardo.) Señor, os alisto en el número de mis cien caballeros, aunque no me agrada mucho la forma de vuestro traje. Me diréis tal vez que es la moda de Persia; no importa, mudadlo.

EL CONDE DE KENT.—Ahora, mi buen señor, acostaos y reposad un momento.

LEAR.—¡Silencio, silencio! ¡Cenad las cortinas! Sí, sí, iremos a cenar cuando amanezca. Sí, sí.

EL BUFÓN.—Pues yo me acostará al mediodía. (Vuelve Gloucester.)

EL CONDE DE GLOCESTER.—Acércate, amigo: ¿dónde está el rey mi señor?

EL CONDE DE KENT.—Aquí; mas no le turbáis; ha perdido la razón.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Cógelo en tus brazos, amigo mío; al venir he oído que tramaban una conspiración para asesinarlo. Aquí cerca hay una litera preparada. Colócalo en ella y encamínate sin dilación a Douvres, donde hallarás buena acogida y numerosos protectores. Si tardas media hora en alejarte, su vida, la tuya, y la de cuantos osen defenderle, corren inminente riesgo. Ea, cógelo y sígueme. Os conducirá a un sitio donde hallaremos provisiones.

EL CONDE DE KENT.—La naturaleza extenuada se ha amodonado. El sueño podrá derramar dulce bálsamo en sus doloridas entrañas. (Al bufón.) Vamos, ayúdame a llevar a tu señor; no debes quedar rezagado.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Ea! ¡vamos, vamos! (Salen conduciendo al rey. Edgardo queda solo.)

EDGARDO.—Cuando vemos a hombres de superior jerarquía compartir nuestros males e infortunios, casi damos al olvido los propios. Quien sufre solo, sufre sobre todo en su alma, considerando a los demás exentos de penas y nadando en venturas. ¡Cuán soportables me parecen ahora mis desdichas, viendo al rey agobiado de mayores infortunios! ¡Ea, Tom, sal de aquí, presta el oído a ese rumor que se escucha, y descúbrete! Renuncia a la falsa opresión que te ofuscaba; ya lo ves contradicho por tu propia experiencia; reconcíliate contigo mismo. Suceda lo que plazca al destino, con tal que el rey se salve. Observemos, observemos. (Sale)

ESCENA VII

Castillo del conde de Glocester.

(Entran EL DUQUE DE CORNOUAILLES, REGAN, GONERIL, EDMUNDO, séquito).

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Partid pronto; id al encuentro del duque, vuestro esposo, y enseñadle esta carta. El ejército francés ha desembarcado. Corran en busca del traidor Glocester.

REGAN.—Y que le ahorquen en el acto.

GONERIL.—Arrancándole primero los ojos.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Abandonadlo a mi cólera. Edmundo, acompañad a nuestra hermana; no conviene que seáis testigo de la venganza que debemos tomar de vuestro padre. Llegado a presencia del duque, advertidle que apesure sus preparativos. Nuestros intereses son idénticos, y diligentes, nuestros correos establecerán entre nosotros una correspondencia rápida. Adiós, hermana querida; adiós, conde de Glocester. (Entra el Intendente.) Y bien ¿dónde está el rey?

EL INTENDENTE.—El conde de Glocester acaba de sacarlo de estos lugares; treinta y cuatro caballeros de su escolta que le andaban buscando, se han unido a ellos, partiendo con dirección a Douvres donde se prometen encontrar numerosos amigos.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Preparad caballos para vuestra señora.

GONERIL.—Adiós, querido monseñor; adiós, hermana. (Sale con Edmundo)

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Adiós, Edmundo. Corran en busca del traidor Glocester; amárrenle como a un facineroso y tráiganlo a mi presencia. No deberíamos quitarle la vida sino a tenor de las formas ordenadas por la justicia; pero, actualmente, sólo dará oídos a mi furor y a mi poder. (Entra el conde de Glocester, llevado por un grupo de sirvientes.) ¿Quién llega? ¿es el traidor?

REGAN.—¡Ingrato zorro! Él es.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Atad sus brazos.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Qué pretenden vuestras altezas? Considerad, dignos amigos, que sois mis huéspedes; no me infiráis ningún ultraje.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Atadle, atadle os digo.

REGAN.—¡Duro, duro! Infame traidor! (Le atan)

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡No soy traidor, implacable mujer!

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Atadle a ese sillón. Malvado, vas a saber... (Regan le arranca la barba)

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Por los dioses hospitalarios! ¡indigno tratamiento!

REGAN.—¡Tanta perfidia, bajo tan blancos cabellos!

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Mujer perversa! esos cabellos blancos que me arrancas, se animarán para acusarte. Vuestro huésped soy, y esas manos bárbaras no deberían ultrajar así la faz de un hombre que os da asilo. ¿Qué pretendáis?

EL DUQUE DE CORNOUAILLES. ¡Abreviemos! ¿qué cartas habéis recibido últimamente de Francia?

REGAN.—Sed exacto en vuestra contestación, pues sabemos la verdad.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Qué inteligencia tenéis con los traidores que han desembarcado en este reino?

REGAN.—¿A qué manos habéis confiado a ese rey demente? Decid.

EL CONDE DE GLOCESTER.—He recibido una carta que sólo encierra vanas conjeturas; procede de un príncipe que no es enemigo vuestro; permanece neutral.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Artificio.

REGAN.—Mentira.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿A dónde han enviado al rey?

EL CONDE DE GLOCESTER.—A Douvres.

REGAN.—¿Por qué a Douvres? ¿No te habíamos encargado, so pena de...?

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Dejad que conteste a lo primero. ¿Por qué a Douvres?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Estoy atado al potro y he de aguantar todos los ultrajes.

REGAN.—¿Por qué a Douvres?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Porque no quería yo ver que tus crueles uñas arrancaren sus pobres ojos negros, ni que tu digna hermana hincase en sus sagradas carnes sus colmillos de jabalí. ¡En esta noche horrible, infernal! ¡recibir sobre su desnuda cabeza la más atroz tempestad que conmoviría en sus lechos los abismos del mar! ¡y aún el pobre anciano exhortaba al huracán que redoblase su furor! En tan horribles horas, si a tu puerta hubiesen aullado los lobos, habrías exclamado: “Buen portero, echa la llave”. Mas yo veré descargar sobre semejantes hijas la venganza celeste.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—No la verás nunca. Amigos, ese tended sillón. Quiero aplastar tus ojos bajo mis pies. (Los criados mantienen a Gloucester en el suelo, mientras el duque le aplasta un ojo con el pie.)

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Oh! ¡socórrame quien espere llegara la vejez! ¡cruel! ¡dioses!

REGAN.—Todavía le queda uno; fuera también.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Si lograras ver la venganza...

UN CRIADO.—Teneos, monseñor. Os he servido desde mi tierna infancia; pero nunca os presté mayor servicio que suplicándoos que os contuvieseis.

REGAN.—¿Qué dice ese perro?

EL CRIADO.—Si vos llevarais barba en la cara, os la arrancaba de fijo. ¿Qué pretendáis?

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¡Un vasallo! (Desenvaina la espada se lanza sobre él)

EL CRIADO.—(Echando mano a suya) ¡Pues bien! ¡avanzad, exponeos a mi furor! (Se baten y queda herido el duque.)

REGAN.—(A otro criado) Dame tu espada. ¡Atreverse a tanto un perro! (Le hiende la espada por detrás)

EL CRIADO.—¡Muerto soy! Aún os queda un ojo, monseñor, para ver mayores desastres. (Muere)

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Impidámosle que vea. (Le aplasta el otro ojo.) Ea, vil traidor, ¿dónde está ahora tu luz?

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Oh! ¡sepultado en las tinieblas, y sin consuelo! ¿Dónde está mi Edmundo? Edmundo, reanima en ti las chispas todas de amor que te donó naturaleza, y venga tan horrible maldad.

REGAN.—¡Largo de aquí, traidor! Estás implorando el auxilio de un hombre que te aborrece; él mismo nos ha denunciado tus traiciones; es demasiado hombre de bien para tenerte lástima.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Insensato de mí! ¡calumniaron a mi Edgardo!
¡Dioses, perdonad mí injusticia y hacedle feliz!

REGAN.—¡Ea! ponedle en la puerta y ¡que olfatee su camino de aquí a
Douvres. ¿qué tal, monseñor, cómo os encontráis?

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—He recibido una herida profunda. Venid,
señora, sacad de ahí a ese traidor ciego. Cubran de estiércol el cadáver de
ese esclavo. Regan, estoy desangrándome; no podía ser menos oportuna
esta herida; dadme vuestro brazo. (Sale apoyándose en el brazo de Regan,
los criados sacan a Gloucester fuera del castillo)

PRIMER CRIADO.—Si ese hombre ha de prosperar, desde hoy me abandono,
sin remordimiento, a toda suerte de crímenes.

SEGUNDO CRIADO.—Si esa mujer alcanza larga vida y no encuentra la muerte
sino al término de apacible vejez, todas las mujeres van a convertirse en
monstruos.

PRIMER CRIADO.—Sigamos al conde y proporcionémosle algún pobre men-
digo que le conduzca a donde quiera ir; su desesperación conmueve a las
piedras.

SEGUNDO CRIADO.—Ve, tú. Yo verá si encuentro algunas hilas y clara de
huevo para aplicarlas en su ensangrentado rostro. ¡Oh cielos! Dignaos
socorrerle. (Salen cada cual por distinto lado)

Acto cuarto

ESCENA I

Vasta llanura.

(Entra EDGARDO).

EDGARDO.—Más vale aún hallarse en el estado en que me veo, sabiendo que me desprecian, que ser lisonjeado y despreciado a la vez. El infeliz, pisoteado por la fortuna y precipitado a los últimos peldaños de la miseria y de la abyección, conserva siempre un rayo de esperanza; cuando menos, vive exento de temor. La variación sólo es temible para el hombre feliz; el desgraciado no puede cambiar sino para remontarse a la felicidad. Gozoso te acepto y enajenado te abrazo, aire invisible, único bien que me resta. El desventurado a quien tu hálito tempestuoso enojó al fondo del abismo, nada tiene que temer ya de sus huracanes. Pero ¿quién llega? (Entra el conde de Glocester guiado por un anciano) Es mi padre conducido por un pobre mendigo. ¡Oh mundo, mundo! sin tus resoluciones extrañas que nos mueven a odiarte, la más caduca vejez no quisiera ceder la vida.

EL ANCIANO.—¡Mi buen señor! Desde hace ochenta años vengo siendo vasallo de vuestro padre y de vos mismo.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Anda, amigo mío, retírate; tus consuelos no pueden reportarme bien alguno, y pudieran serte funestos.

EL ANCIANO.—Pero yendo solo. no podréis ver vuestro camino.

EL CONDE DE GLOCESTER.—No he de ver ya camino alguno, ni necesito ojos; también me extraviaba como ahora cuando los tenía. Generalmente, la prosperidad nos ciega y engaña inspirándonos falsas seguridades y en cambio las privaciones vienen a ser nuestras ventajas. ¡Oh hijo mío, querido Edgardo, víctima del enojo de tu padre! ¡logre yo vivir bastante para volverte a estrechar entre mis brazos, y verte con los ojos del tacto! ¡Ah, pareceríame entonces que recobro la vista!

EL ANCIANO.—¿Quién va?

EDGARDO.—¡Oh cielos! ¿cómo pude decir que me hallaba en el colmo de la desdicha? más desgraciado soy ahora que nunca.

EL ANCIANO.—¡Ah! ¡es el pobre Tom!

EDGARDO.—Y aún puedo serlo más.

EL ANCIANO.—Dime, pobre Tom, ¿a dónde vas?

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Es un mendigo?

EL ANCIANO.—Mendigo y loco a la vez.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Todavía conserva un destello de razón, puesto que mendiga. Durante la tempestad de la pasada noche he visto a uno de esos desdichados, y al considerarle no he visto en el hombre más que un gusano. Entonces me ha acudido el recuerdo de mi hijo, y sin embargo el odio que le profesaba, aún no estaba extinguido en mi corazón. Muchas novedades he sabido después. Los hombres somos para los dioses lo que para los niños los insectos; nos aplastan por su recreo.

EDGARDO.—(A parte) ¿Cómo puede haberle ocurrido tal desgracia? Muy triste papel es fingirse hombre alocado a fuerza de pesares, y afligir a los demás afligiéndose a sí propio. Dios te guarde, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Es, ese desgraciado desnudo?

EL ANCIANO.—Sí, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Si en consideración a tu antiguo afecto quieres conducirnos a dos millas de aquí, camino de Douvres, préstame este servicio; pero antes ve a buscar algunas ropas con qué cubrir la desnudez de ese desdichado, y le suplicará que me guíe.

EL ANCIANO.—¡Ah, señor! ¡está loco!

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Desastrosos tiempos en que los locos sirven de guía a los ciegos! Haz lo que te mando, o mejor dicho, lo que quieras; pero, sobre todo, buen anciano, retírate, déjanos solos.

EL ANCIANO.—Voy a traer mi mejor capa, y vuelvo al instante. (Sale)

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Cómo, desdichado, vives desnudo!

EDGARDO.—El pobre Tom se muere de frío. (Aparte) No puedo fingir más.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Ven, acércate.

EDGARDO.—Y sin embargo, aún debo disimular. Buen anciano, dígnese el cielo curar tus malogrados y sangrientos ojos.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Conoces tú el camino de Douvres?

EDGARDO.—Mojón o cercado, camino real o sendero, todo lo conozco. El pobre Tom ha quedado privado de su razón. Presérvete el cielo, buen

anciano, del espíritu maligno. Cinco demonios han entrado a la vez en el cuerpo Tom: Ohidicut, el de la lujuria; Hobbidance, el príncipe de los mudos; Mahu, el de los ladrones; Modo, el de los asesinos, y Flibbertigibbet, el de los contorsionistas y gesteros que actualmente es dueño de las camareras y sirvientas. Con que, ¡el cielo te bendiga señor!

EL CONDE DE GLOCESTER.—Toma este bolsillo, tú a quien todas las plagas del cielo han herido; mi infortunio labra tu felicidad. ¡Oh Dioses! obrad también así vosotros. Que el hombre que despreciando vuestras leyes en el seno de la superflua abundancia, ahíto de alimentos y riquezas, no quiere atender al desgraciado porque jamás ha conocido la necesidad, sufra incesantemente el peso de vuestro poderío. Así, en breve, una justa distribución repararía la desigualdad y cada hombre tendría lo necesario. ¿Conoces tú Douvres?

EDGARDO.—Sí, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Hay allí una montaña cuya frente avanza y se inclina sobre el mar, que le baña los pies con su espuma. Llévame hasta la última extremidad de su cima. Poseo un objeto de gran valor cuyo precio remediará la miseria que te abate. Una vez allí, ya no necesitaré guía.

EDGARDO.—Dame tu brazo; el pobre Tom te conducirá. (Salen)

ESCENA II

Palacio del duque de Albania.

(Entran GONERIL y EDMUNDO).

GONERIL.—Bienvenido seáis, monseñor. Extraño que mi bondadoso marido no se haya adelantado a recibirnos. (Al intendente.) ¿Dónde está vuestro señor?

EL INTENDENTE.—Aquí, señora, pero ¡cuán cambiado! Le he hablado del ejército que acaba de desembarcar, y ha sonreído. Le he dicho que vos veníais, y ha contestado: ¡tanto peor! Le he informado de la traición de Glocester y del señalado servicio prestado por su hijo, y me ha tratado de insensato, y me acusa de ser causa de desorden y trastorno general. Lo que debería desagradarle, le encanta, y lo que debería complacerle, le ofende.

GONERIL.—(A Edmundo) En este caso, no sigáis adelante. Un temor pusilánime ha helado su corazón, impidiéndole atreverse a empresa alguna. No querrá dar oído a las injurias que lo ordenan venganza. Muy bien pudieran realizarse los votos que formábamos en el camino. Volved, Edmundo, al encuentro de mi hermano; apresurad la marcha de sus tropas, y poneos a su cabeza. Ya veo que he de hacer un trueque con mi marido; para él mi ruca, y para mí su espada. Si sabéis usarlo todo en servicio de vuestra fortuna, recibiréis en breve las órdenes de una amante. Tomad esta prenda. (Le da una prenda de amor) Ahorra palabras, vuelve la cabeza... Si este beso pudiese hablar, te haría exhalar el alma en un transporte. Compréndeme y prospera.

EDMUNDO.—Vuestro soy, hasta en las sangrientas filas donde impera la muerte. (Sale)

GONERIL.—¡Querido Glocester mío! ¡cuánta diferencia de uno a otro hombre! A ti pertenece el corazón de una mujer. Mi imbécil marido usurpa la posesión de mi persona.

EL INTENDENTE.—¡Monseñor! (Entra el duque de Albania.)

GONERIL.—Por fin se comprende que yo valgo la pena de que me busquen.

EL DUQUE DE ALBANIA.—No, Goneril; ni siquiera valéis lo que el polvo con que el viento azota vuestra faz. Por fin os conozco. La que desprecia la fuente que le dio vida no puede conocer ya regla ni freno. La que se arranca del tronco paterno, debe marchitarse por necesidad, como rama del árbol cortada.

GONERIL.—Insensato, cesad en vuestros vanos discursos.

EL DUQUE DE ALBANIA.—La cordura y la bondad parecen viles al alma vil. ¿qué habéis hecho, tigres? pues no sois hijas. ¿qué habáis hecho, mujeres bárbaras y desnaturalizadas? Hicisteis perder la razón a un padre, digno y respetable anciano. ¡Cómo pudo mi hermano soportar la vista de vuestra ingratitud hacia un viejo que le colmara de beneficios! ¡Ah! si el cielo no se da prisa en enviar, bajo forma visible, sus ministros a la tierra, para domar los feroces e ingratos corazones, no tardarán los hombres en devorarse unos a otros como los monstruos del Océano.

GONERIL.—¡Hombre débil y pusilánime, que tiendes la mejilla a los bofetones y la cabeza a las afrentas, que no tienes ojos para discernir tu honor de tu vergüenza, que ignoras que solamente los locos pueden compadecerse de un miserable castigado de su fechoría antes que la ejecute! ¿Dónde está tu tambor? Francia enarbola libremente sus banderas en nuestros silenciosos campos. Ya tu asesino, ceñido el casco, te provoca con sus amenazas; y tú, moralista insensato, te entretienes en lanzar exclamaciones, gritando: ¡Ah! ¿por qué viene contra nosotros?

EL DUQUE DE ALBANIA.—Mira tu faz y horrorízate, furia. No, la deformidad no es tan chocante en los demonios como en una mujer.

GONERIL.—¡Insensato!

EL DUQUE DE ALBANIA.—Ser decaído de la naturaleza y transformado en monstruo, en nombre de la vergüenza, vela tus horribles rasgos. Si dejara seguir a mi mano el impulso de la sangre que en mis venas hierve. . Mas, aun cuando eres furia, la forma de una mujer te sirve de égida.

GONERIL.—Al fin ese hombre recobró el valor. (Entra un mensajero)

EL MENSAJERO.—¡Ah, noble señor! el duque de Cornouailles ha muerto, herido por uno de sus escuderos cuando se disponía a arrancar al conde de Glocester el ojo que le quedaba.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Los ojos de Glocester!

EL MENSAJERO.—Un criado, poseído de indignación, queriendo oponerse a su designio, levantó la espada contra el pecho de su señor, que se ha

lanzado contra él; la duquesa ha secundado a su esposo, y el criado cayó muerto a sus pies; pero el duque había recibido una herida mortal que le ha llevado a la tumba.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Eso demuestra la existencia de jueces invisibles que desde las alturas vengan prontamente los crímenes que el hombre comete en la tierra. Pero, ese desdichado Gloucester, ¿perdió también el otro ojo?

EL MENSAJERO.—Los dos, monseñor. Esta carta, señora, exige inmediata contestación; es de vuestra hermana.

GONERIL.—(Aparte) Por un lado, la noticia me agrada; pero si mi hermana, viuda ya, se casa con mi Gloucester, que a estas horas se encuentra a su lado, puede derrumbar sobre mi cabeza todo el edificio que he levantado en mi imaginación. Por otro lado, la noticia no es tan desagradable. Voy a leer y a contestar esta carta.(Sale)

EL DUQUE DE ALBANIA.—¿Y dónde estaba su hijo, mientras le arrancaban los ojos?

EL MENSAJERO.—Vino aquí, acompañando a la duquesa.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Pero ya no está.

EL MENSAJERO.—No, señor; acabo de encontrarle de regreso.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¿Está enterado de esa infamia?

EL MENSAJERO.—Sí, monseñor; él fue quien delató al culpable, y si se alejó del castillo fue para dejar más libre curso al suplicio de su padre.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Gloucester, aún estoy vivo para reconocer la adhesión que has mostrado al rey y para vengar tus ojos. Ven, amigo ven a enterarme de todos los pormenores. (Salen)

ESCENA III

Campamento francés cerca de Douvres.

(Entran el CONDE DE KENT y un GENTILHOMBRE).

EL CONDE DE KENT.—¿Se ha vuelto a embarcar el rey de Francia? ¿por qué motivo?

EL GENTILHOMBRE.—Había salido de sus estados sin ultimar ciertos asuntos cuyo recuerdo ha venido a alarmar su prudencia. El temor de exponer la Francia a algún peligro por un retardo mayor, ha precipitado su regreso necesario.

EL CONDE DE KENT.—¿A qué general ha confiado el mando?

EL GENTILHOMBRE.—Al mariscal de Francia, monseñor Le Fer.

EL CONDE DE KENT.—Al leer mi carta la reina ¿ha dado muestras de dolor?

EL GENTILHOMBRE.—Sí, señor; la tomó, leyóla en mi presencia y vi que surcaban sus mejillas numerosas lágrimas. Sin embargo, procuraba contener su dolor y con dificultad lo conseguía.

EL CONDE DE KENT.—¿Con que, se ha conmovido?

EL GENTILHOMBRE.—Ya lo creo; pero no hasta el extremo. . . La paciencia y el pesar parecían estar luchando a quién vencería a quien. ¿No visteis a veces descender de los cielos, entre los rayos del sol, lluvia rosada? Su sonrisa y sus lágrimas mezcladas recordaban un chubasco de mayo. La tierna sonrisa, errando por sus bermejos labios, parecía ignorar que de sus ojos brotaban lágrimas, como perlas de dos diamantes desprendidos. En una palabra: si el dolor ostentase en todos los rostros tantas gracias como en el suyo, sería una de las cosas más preciosas y amables.

EL CONDE DE KENT.—¿Nada preguntó?

EL GENTILHOMBRE.—Sí; una o dos veces un suspiro ha elevado hasta sus labios el nombre de padre, con esfuerzo y pena, cual si este nombre hubiese oprimido su corazón; ha exclamado: "¡Ah, hermanas! ¡hermanas! ¡oprobio de mi sexo! ¡ah, Kent! ¡ah, padre mío! ¡hermanas! ¡cómo! ¡en mitad de la

noche! ¡en lo más furioso de la tempestad!” Y entonces, enjugando las lágrimas que manaban de sus celestes ojos y no pudiendo contener el grito de su dolor, ha conido a encerrarse en su habitación.

EL CONDE DE KENT.—Sí, la influencia de los astros, de esos astros del cielo, rige nuestra suerte y decide los caracteres; si así no fuera, una pareja de esposos semejantes no podría engendrar hijos de tan distinta naturaleza. ¿Volvisteis a hablarle?

EL GENTILHOMBRE.—No.

EL CONDE DE KENT.—¿Había partido ya el rey cuando le disteis la carta?

EL GENTILHOMBRE.—Sí.

EL CONDE DE KENT.—Muy bien. El desdichado Lear está en la villa. Durante los rápidos momentos en que su razón reaparece, conoce a cuantos le rodean; mas no quiere de ningún modo ver a su hija.

EL GENTILHOMBRE.—¿Por qué?

EL CONDE DE KENT.—Le domina una vergüenza insuperable; el recuerdo de la dureza con que la trató abandonándola al capricho de la suerte en una comarca extranjera y privándola de todos sus derechos para concederlos a otras hijas sin entrañas, todo ello son otros tantos dardos emponzoñados que desgañan su corazón.

EL GENTILHOMBRE.—¡Ah! ¡pobre anciano!

EL CONDE DE KENT.—Tenéis algunas noticias del ejército de los duques de Albania y de Cornouailles?

EL GENTILHOMBRE.—Dícese que están en marcha.

EL CONDE DE KENT.—Entonces voy a conducirlos a presencia de nuestro rey Lear y os dejaré con él para que le acompañéis. Un interés poderoso me obliga a guarda algún tiempo el incógnito. Cuando me haya dado a conocer, no os arrepentiréis de las instrucciones que me habáis dado. Tened la bondad de seguirme. (Salen)

ESCENA IV

Una tienda en el campamento de Douvres.

(Entran CORDELIA, un médico y soldados).

CORDELIA.—¡Ah! es él; acaban de verle furioso, como la mar agitada, cantando a fuertes gritos, coronada la frente de verbena, adormideras y todas esas yerbas inútiles que crecen entre los trigos. Enviad un destacamento de soldados; que le busquen en esas campiñas inmensas y lo conduzcan a mi presencia. ¿Qué puede la sabiduría humana para devolverle la razón que le falta? Quien logre darle algún auxilio, disponga de cuanto poseo.

EL MÉDICO.—Algunos medios hay, señora; el sueño es la dulce nodriza de la naturaleza. Reposo es lo que más necesita. Para infundírselo tenemos medicamentos cuya poderosa virtud puede cerrar los ojos del mismo dolor.

CORDELIA.—Yerbas benditas del cielo, venturosas plantas de la tierra activa, dotadas de secretas virtudes, creced regadas por mi llanto y unid vuestras fuerzas para aliviar el mal del desdichado rey. Corran en su busca. Temo, en su desenfrenado furor, se quite una vida desprovista de todos los auxilios que pueden conservarla. (Entra un mensajero)

EL MENSAJERO.—Noticias, señora; el ejército bretón se aproxima..

CORDELIA.—Ya lo sabía; el nuestro lo espera, dispuesto a recibirlo debidamente. ¡Mi querido padre! ti solo trabajo; por ti mi duelo ha entristecido a Francia y mis inagotables lágrimas han excitado su piedad. No arma nuestras manos la loca ambición, sino el amor, el tierno amor a un padre anciano y querido; vamos a combatir en defensa de tus derechos. ¡Cuánto me tarda el verte y oír tu voz! (Salen)

ESCENA V

Palacio de Regan.

(Entran REGAN y el INTENDENTE).

REGAN.—¿Está ya en marcha el ejército de mi hermano?

EL INTENDENTE.—Sí, señora.

REGAN.—¿Va él al frente?

EL INTENDENTE.—Sí, señora, y con su ánimo infunde ardiente valor a sus soldados.

REGAN.—¿Habló Edmundo con tu señora, en su casa?

EL INTENDENTE.—No, señora.

REGAN.—Pues, ¿qué significa esta carta que le escribe ella?

EL INTENDENTE.—Lo ignoro, señora.

REGAN.—Verdaderamente partió de aquí para asuntos importantísimos. Inexcusable fue nuestra imprudencia no arrancando la vida, al mismo tiempo que los ojos, a ese Gloucester. Donde quiera que va, su aspecto conmueve los corazones, sublevándolos contra nosotros. Edmundo ha partido, según creo, para abreviar su miseria, librándole de la carga de una vida sumida en pasados tedios; también debe reconocer las fuerzas del enemigo.

EL INTENDENTE.—Permitidme, señora, que corra en su busca para entregarle esta carta.

REGAN.—Nuestro ejército debe marchar mañana en orden de batalla; quédate, los caminos no estás muy seguros.

EL INTENDENTE.—Imposible, señora; son órdenes expresas de mi dueña.

REGAN.—Pero ¿por qué escribe a Edmundo? ¿no podría encargarnos verbalmente sus órdenes? Vamos, una palabra, algo, no sé qué. Mira déjame abrir esa carta.

EL INTENDENTE.—¡Oh! señora! ¡preferiría...!

REGAN.—Ya sé que tu señora no ama a su esposo; estoy segura de ello. En la última visita que me hizo, dirigió a Edmundo extrañas ojeadas y miradas muy expresivas. Sé que conoces el secreto de su corazón.

EL INTENDENTE.—¿Yo, señora?

REGAN.—Sí; ya sé lo que me digo; eres su íntimo confidente; me consta; así, pues, atiende lo que voy a decirte. Mi marido ha muerto. Edmundo y yo celebramos una entrevista secreta, y más me conviene a mí un marido que a tu señora. Si logras encontrarle, dale este encargo; y cuando le des cuenta a tu señora de lo que acabo de decirte, aconséjale que procure entrar en razón. Ahora, puedes partir. Y si por acaso oyes hablar de ese ciego traidor, recuerda que la fortuna colmará de dones a quien lo exterminare.

EL INTENDENTE.—Quisiera poderle encontrar, señora; y entonces os probaría a qué partido soy adicto.

REGAN.—Adiós.

ESCENA VI

Campo en los alrededores de Douvres.

(Entran el CONDE DE GLOCESTER y EDGARDO vestido de Campesino).

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Cuándo llegaremos a la cima de aquella montaña?

EDGARDO.—Ahora empezamos a subir; dígalos nuestro cansancio.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Me parece que aún ando por la llanura.

EDGARDO.—¡Horrible precipicio! Escuchad; ¿oís el rugido del mar?

EL CONDE DE GLOCESTER.—No, nada oigo.

EDGARDO.—Por fuerza el dolor de la privación de la vista debilitó vuestros demás sentidos.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Es posible. Hasta me parece que tu voz ha cambiado; hablas con más nobleza; te expresas mucho mejor que antes.

EDGARDO.—Os engañáis; nada ha cambiado en mí, a no ser el traje.

EL CONDE DE GLOCESTER.—No hay duda; tu lenguaje es más distinguido.

EDGARDO.—Avanzad, señor; ya estamos en la cima. No os mováis. ¡qué honor! ¡Da vértigos el mirar al fondo de ese abismo! En la vertiente hay un hombre suspendido, cogiendo hinojo marino. ¡Peligroso oficio! A tal distancia ese hombre parece del tamaño de un puño. Y esos pescadores que andan en la orilla, diríase que son hormigas. Quiero apartar mi vista; perdería la razón, y mis ojos deslumbrados me arrastrarían al abismo.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Colócame en el sitio donde te encuentres.

EDGARDO.—Dadme la mano; ya estáis a un pie del borde. Por nada del mundo quisiera yo dar un paso más.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Ahora, suéltame. Toma este bolsillo; dentro de él se encierra una preciosa joya que bien vale la pena que la acepte un pobre. Aléjate, despídete de mí; déjame solo.

EDGARDO.— (Fingiendo retirarse) .—Adiós, mi buen señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Adiós.

EDGARDO.—¿Por qué no pongo término a su desesperación? ¡ah! si así obro es para curarle.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Dioses poderosos! ¡renuncio a este mundo libertándome, sin pesar, de la carga de mi horrible infortunio! Si pudiese sobre llevarlo por más tiempo sin exponerme a murmurar contra vuestros santos e insuperables decretos dejaría extinguir hasta el fin resto de la antorcha de mi existencia. Si Edgardo vive aún, colmadle de favores; bendicidle; que sea feliz. (Salta y cae tendido en la llanura)

EDGARDO.—Ignoro por qué capricho extraño puede el hombre robarse a sí propio el tesoro de la vida, cuando la vida, por sí misma, a cada instante corre a entregarse a la muerte. Si se encontrara donde pensaba estar, muerto sería actualmente. ¿Estáis muerto o vivo? ¡Hola, amigo ¿no me oís? Hablad. Posible sería que estuviese muerto; mas no, vuelve en sí. ¡Hola! ¿quién sois?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Vete de aquí ¡déjame morir en paz!

EDGARDO.—Si no hubieses sido tan ligero como la pluma, el plumón o el aire, te habrías estrellado como un vidrio, cayendo de altura. Di, ¿estás herido? Diez mástiles atados uno al extremo del otro no alcanzarían a la cima desde donde caíste a pico. Tu vida es un milagro; habla, pues.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Pero ¿he caído o no?

EDGARDO.—De la espantable cima de la montaña. Alza los ojos contempla esa altura donde alondra no sería percibida, ni oída, a pesar de su aguda voz. Mira hacia arriba.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Ah! ¡no tengo ojos! ¡así, el desdichado ni aun tiene el recurso de poner término a sus males con la muerte, burlando la rabia del tirano que le oprime!

EDGARDO.—Dadme el brazo; vamos levantaos. Bueno. ¿Cómo os encontráis? ¿podéis valeros de las piernas?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Demasiado.

EDGARDO.—¡milagro singular! decidme ¿quién era el que estaba con vos en la cima de la montaña y le vi separarse de vuestro lado?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Un pobre y desdichado mendigo.

EDGARDO.—Mientras le contemplaba desde aquí, surgían de su frente rayos enlazados, pareciendo ondular como la mar agitada por el viento; sin duda, era un buen genio. Así, venturoso anciano, ten la seguridad de que tus días han sido salvados por los dioses.

EL CONDE DE GLOCESTER.—En efecto, ahora lo recuerdo. En adelante sobrellevará mi aflicción, hasta que por sí misma grite: no más, no más, muere! Ese espíritu del que me hablas, yo lo creía un hombre; él no cesaba de repetir: el espíritu, el espíritu, y él mismo me condujo a la cima.

EDGARDO.—Consuélate y ten paciencia. Mas ¿quién viene? (Entra Lear, ridículamente coronado de flores.) ¿Quién es? Nunca hombre cuerdo se mostró con tan extravagante atavío.

LEAR.—No, no pueden condenarme por acuñar moneda; soy el rey en persona.

EDGARDO.—¡Desgarrador espectáculo!

LEAR.—En esto la naturaleza sobrepuja al arte. Ahí tienes el dinero de su contrata. Ese pícaro sostiene su arco a manera de espantajo; dadme una vara de medir. ¡Mirad, mirad, un ratoncillo! ¡Silencio! ¡Silencio! ¡este pedazo de queso tostado bastará! ¡Apenas sirve para espantar a las cornejas! Ahí va mi guante; quiero ensayarlo en un gigante. Traed las hachas de batalla. ¡Oh! ¡oh! ¡vuelas admirablemente, pájaro! ¡En el blanco, en el blanco! ¡Oh! ¡oh! ¡Dad la consigna!

EDGARDO .—¡Bienhechora mejorana!

LEAR.—Pasa.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Yo conozco esa voz.

LEAR.—¡Ah, Goneril! ¡Con una barba blanca! ¡adulábanme como a un perrillo faldero; decíanme que tenía en la barba pelos blancos, aun antes de tenerlos negros! ¡Contestaban sí y no a cuanto les decía! Cuando la lluvia se infiltró en mis huesos, y el viento me estremecía y el trueno desoía mis órdenes, entonces las conocí y comprendí lo que eran. ¡Bah! ¡bah! no tienen palabra. Decíanme que yo era todopoderoso; mentira; ni aun puedo resistir a la fiebre.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Los sonidos y el acento de esa voz no me son desconocidos; ¿es, acaso, el rey?

LEAR.—El rey, sí, de pies a cabeza. Cuando yo me pongo serio, mis vasallos tiemblan. ¡Vaya! le perdono la vida. ¿Cuál fue su crimen? ¿el adulterio? No morirás. ¿Morir por un adulterio? No, no; el régulo y la mariposa lo cometen alegremente a mi vista. La población ha de prosperar. Más humano ha sido para su padre el bastardo de Gloucester, que para mí lo fueron mis hijas engendradas en legítimo tálamo. ¡Ánimo, disolutos! ¡mezclad los sexos! ¡necesito muchos soldados! Contemplad a esa dama, de ingenua sonrisa; al ver su rostro a través de la mano que lo oculta, diríais que es de

hielo; ¡no tal! ; el solo nombre de voluptuosidad desvanece su virtud y la hace agitar su cabeza. No corren con más pasión y ardimiento al placer el gato y el potro encerrado en la cuadra. Son centauros, aun cuando la parte superior sea mujer; la cintura es para los dioses; el resto, de los demonios. ¡Buen boticario! dame una onza de agua de rosas almizclada para calmar mi dolor de cabeza. Ahí tienes el dinero.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Ah! dadme a besar vuestra mano!

LEAR.—Deja que la enjague; huele a mortandad.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Deplorables ruinas de la más bella obra de naturaleza! También el mundo volverá a la nada. ¿No me conoces?

LEAR.—Sí, me acuerdo de tus ojos. Me parece que miras bizco. Por más que te empeñes ciego cupido, no lograrás que yo vuelva a amar. Lee este cartel y fíjate bien en sus caracteres.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Aun cuando todas sus letras fuesen soles, ni una palabra podría yo ver.

EDGARDO (aparte).—Si otro me hubiese dado noticia de su estado, no le hubiera creído; lo veo con mis propios ojos y mi corazón se desgarró a tal espectáculo.

LEAR.—Lee, te digo.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Y cómo leer? ¡no tengo ojos!

LEAR.—¡Hola! ¡hola! ¿estáis aquí, conmigo, sin ojos en vuestra frente, ni dinero en vuestra bolsa? Y sin embargo, veis que el mundo anda.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Lo veo, porque lo siento.

LEAR.—¿Cómo! ¿estás loco? ¿Puede un hombre ver, sin ojos, cómo anda el mundo? Sin duda ves con las orejas. Mira a aquel juez que se está riendo del crimen de ese ladrón; presta el oído. La justicia es un juego donde se cambia de sitio y de mano: ¿quién es el juez? ¿quién el ladrón? ¿Has visto al perro del hortelano ladrar a los mendigos?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Sí, señor.

LEAR.—¿Y a los mendigos huir del perro? Pues bien; ahí tienes la imagen sensible de la autoridad; en la magistratura se obedece al perro Preboste sin pudor; retén tu mano sanguinaria; ¿por qué golpea esa prostituta? Registra tu conciencia: ¿no cometiste tú mismo con ella el crimen que ahora castigas? El usurero hace ahorcar a falsario. Los pequeños vicios traslucen a través de los andrajos de la miseria; mas las finísimas pieles y los trajes de seda lo ocultan todo. Dale al vicio un broquel de oro y la espada de la jus-

ticia se quebrará contra él, sin mellarlo pero cubre su broquel con andrajos y un pigmeo lo atravesará con una simple paja. Nadie, os digo nadie obra mal. Le perdono. Amigo, recibe el perdón de mí, que tengo el poder de cerrar la boca de la justicia. Ponte los anteojos y como hábil político, finge ver lo que no ves. ¡Ea! ¡aprisa, aprisa! ¡sacadme las botas! ¡bien! ¡bravo!

EDGARDO.—¡Cómo andan aquí mezclados la extravagancia y el buen sentido! ¡cuánta razón en la locura!

LEAR.—Si quieres llorar mis desventuras, toma mis ojos. ¡Oh! ahora te conozco; te llamas Gloucester ¡Paciencia, amigo, paciencia! Venimos al mundo, gritando; ya sabes que nuestro primer suspiro, a nacer, fue un vagido. Voy a echarte un sermón; óyeme atento.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Día desdichado!

LEAR.—Al nacer, lloramos porque entramos en este vasto manicomio ¡Mira qué bonito sombrero! Sería un secreto precioso herrar a las caballerías con algodón. Ensayémoslo; y cuando me lance sobre esos yernos, ¡entonces mata, mata, mata, mata! (Entra un gentilhombre con séquito)

EL GENTILHOMBRE.—¡Ah! ¡hele aquí! ¡Apoderaos de él. Señor vuestra amada hija...!

LEAR.—¡Cómo! ¿nadie me socorre? ¿yo preso? Siempre bufón y juguete de la fortuna. Tratadme bien y os pagaré buen rescate; vengan cirujanos; estoy herido en la cabeza.

EL GENTILHOMBRE.—Nada os faltará.

LEAR.—¿Y nadie me auxilia? ¿me dejan solo? Esto bastara para que un hombre, un hombre de sal, se valiese de los ojos como de regaderas, abatiendo todo el polvo otoñal.

EL GENTILHOMBRE.—Buen señor...

LEAR.—Morirá valerosamente como recién casado en su boda. ¡Vaya! quiero ser jovial ¡venid ¡soy rey! ¿no lo sabíais, señores míos?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Sí, sois rey, y nosotros vuestros humildes vasallos.

LEAR.—Eso se llama hablar. Venid; si le atrapáis, sólo será la carrera; ¡ea! ¡ea! ¡ea! (Sale)

EL GENTILHOMBRE.—En el más ínfimo de los desgraciados ese estado excitaría la mayor lástima; en un rey, sobrepuja a toda expresión. ¡Oh Lear! una hija tienes que salva a la naturaleza de la maldición general que tus otras dos hijas han atraído sobre ella.

EDGARDO.—Salud, honrado señor.

EL GENTILHOMBRE.—Salud; ¿qué se os ofrece?

EDGARDO.—Tenéis alguna noticia de la batalla que se prepara?

EL GENTILHOMBRE.—Noticias seguras y públicas; no hay quien las ignore. ¿Acaso no tenéis oídos?

EDGARDO.—Decidme, por favor, si el ejército enemigo está muy lejos.

EL GENTILHOMBRE.—No; se aproxima a marchas forzadas; no tardaremos en verlo.

EDGARDO.—Gracias, señor.

EL GENTILHOMBRE.—Razones poderosas detienen a la reina aquí; pero su ejército está en marcha. (Sale)

EL CONDE DE GLOCESTER.—Vosotros, dioses benévolos, disponed de mi existencia cuando queráis. No me dejáis incurrir en la tentación de arrancarme la vida antes del término prefijado.

EDGARDO.—Ligaos el cielo, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Quién sois vos?

EDGARDO.—Un infeliz abatido por la fortuna a costa de dolores y cuyo corazón, aquilatado por los males pasados y presentes, respira piedad por los ajenos. Dadme la mano y os conducirá a un asilo.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Gracias de todo corazón, recompénsente con creces a bondad y la bendición del cielo. (Entra el Intendente.)

EL INTENDENTE.—¡Feliz encuentro! La cabeza de ese viejo fue creada para fundar mi encumbramiento. ¡Mísero traidor! alzada está la espada que debe destruirte; recoge tu alma y aprisa.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Descargue con fuerza tu caritativa mano el golpe mortal. (Edgardo se opone)

EL INTENDENTE.—¿Cómo te atreves, insolente rústico, a defender a un traidor público? ¡Largo de aquí, si no quieres que su compañía te valga idéntico fin! Suelta su brazo.

EDGARDO.—No quiero.

EL INTENDENTE.—Suéltalo, miserable, o mueres.

EDGARDO.—Alejaos, bravo gentilhombre, y dejad pasad a los pobres; no toquéis a este anciano, si no queráis que vuestra cabeza trabe relaciones con mi bastón.

EL INTENDENTE.—¡Largo de aquí, estiércol!

EDGARDO.—Si dais un paso, os salto los dientes; ved qué caso hago de vuestras bravatas. (Lo derriba.)

EL INTENDENTE.—¡Me mataste, vil esclavo! Toma mi bolsa y si tienes corazón entierra mi cuerpo y entrega en propias manos a Edmundo, conde de Gloucester, las cartas que yo le llevaba; lo encontrarás en el ejército bretón. ¡Oh muerte prematura! (Muere)

EDGARDO.—Te reconozco, oficioso agente de tu ama, cuyos criminales intentos secundabas; tan cobarde eras como puede serlo la maldad.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Cómo! ¿le mataste?

EDGARDO.—Sentaos, padre mío, y reposad. Registrémosle; espero sacar partido de las cartas de que habló. Muerto está; deploro que no haya tenido otro verdugo. Veamos. Permite, paciente lacre.. . Nadie nos tache de indiscretos. Para conocer a nuestros enemigos abrimos su corazón; más lícito ha de ser abrir sus papeles. (Leyendo la carta.) “No olvidáis nuestros mutuos juramentos; mil ocasiones tendréis para deshaceros de él. Si no os falta resolución, el tiempo y el lugar os ofrecerán propicias ventajas. Todo está perdido, si él vuelve vencedor; entonces yo sería su cautiva, y su lecho mi prisión. Libertadme, de sus odiadas caricias, y en recompensa, ocupad su sitio. Vuestra apasionada (quisiera decir esposa) amante. GONERIL.”

¡Oh, inconcebible inconstancia de la mujer, que más veloz que el relámpago, pasa de un extremo a otro! ¡Una maquinación contra los días de su virtuoso marido, para sustituirle con mi hermano! ¡Execrable emisario de dos impúdicos asesinos! ¡he de arrastrarte por la arena! Oportunamente asombrará con esa odiosa carta los ojos del duque cuya muerte se trama. Le importa que yo pueda noticiarle a la vez su mensaje y su muerte. (Sale Edgardo, arrastrando el cadáver)

EL CONDE DE GLOCESTER.—El rey ha perdido la razón... ¡cuán tenaz es la mía! Mucho más feliz sería yo si tuviese trastornado el espíritu; mis pensamientos hubiéranse divorciado de mis pesares. (Vuelve Edgardo.)

EDGARDO.—Dadme la mano: pareceme oír en lontananza el redoble del tambor. Venid, buen señor, en mí tenéis un amigo.

ESCENA VII

Una tienda en el campamento francés.

(Entran CORDELIA, el CONDE DE KENT y el MÉDICO).

CORDELIA.—¡Oh, mi buen Kent! ¿cómo podrá recompensar todas tus bondades? La vida es demasiado corta, y cada instante que pasa es perdido para mi agradecimiento.

EL CONDE DE KENT.—Pagado quedo de sobra, señora, con la confianza que os habáis dignado hacerme. La exacta verdad ha dictado mis relatos; nada he omitido, ni he exagerado nada.

CORDELIA.—Ponte un traje más decente; las pobres vestiduras que llevas me recuerdan sin cesar esos días de oprobio y de calamidad; múdalas, por favor.

EL CONDE DE KENT.—Perdonad, señora; sería reconocido y detenido en el curso de mis proyectos. Fingid que no me conocéis hasta que el tiempo y yo juzguemos necesario descubrir quien soy.

CORDELIA.—Sea como gustes, amigo mío. (Al Médico.) ¿Cómo sigue el rey?

EL MÉDICO.—Aún duerme, señora.

CORDELIA.—¡Dioses clementes! cenad esa herida de su pobre razón; restableced la armonía y la calma en los sentidos de ese padre caído en demencia.

EL MÉDICO.—¿Permite vuestra alteza que despertemos al rey? Hace ya mucho tiempo que reposa.

CORDELIA.—Seguid lo que os prescriba vuestro arte y obrad como mejor creáis. ¿Está vestido? (Traen a Lear en un sillón)

EL GENTILHOMBRE.—Sí; señora; gracias a su profundo sueño, hemos podido vestirle con nuevo traje.

EL MÉDICO.—Permaneced a su lado, señora, cuando le despertemos; cuento con su tranquilidad.

CORDELIA.—Bueno.

EL MÉDICO.—Acercaos, si os place. ¡Más fuerte, música!

CORDELIA.—¡Padre querido! Derrame la salud su bálsamo desde mis labios, y repare este beso el trastorno y el desorden con que mis hermanas afligieron tu sagrada cabeza.

EL CONDE DE KENT.—¡Princesa tierna y bienhechora!

CORDELIA.—Aun cuando no fueseis su padre ¿cómo no excitaron su piedad vuestros blancos cabellos? Ese rostro venerable ¿estaba destinado a ser expuesto al furor de los vientos, al fragor de los truenos y a los rápidos fuegos de los relámpagos? ¿naciste para pasar la noche, descubierta la frente y sin abrigo, en el abandono y la desesperación? ¡Ah! milagro es que no hayas perdido con la razón la vida ¡Ya despierta! Habladle.

EL MÉDICO.—Mejor será que le habláis vos, señora.

CORDELIA.—¿Cómo se encuentra mi augusto soberano? ¿cómo sigue vuestra alteza?

LEAR.—¡Qué crueles sois arrancándome de la tumba! Tú eres un ángel en el seno de la ventura; mas yo, estoy atado a una rueda de fuego; mis ardientes lágrimas surcan como plomo fundido mis mejillas.

CORDELIA.—¿No me conocéis, señor?

LEAR.—Ya sé que eres un espíritu; ¿cuándo moriste?

CORDELIA.—¡Aún, aún desvaría!

EL MÉDICO.—Apenas acaba de despertar; dejémosle tranquilo un momento.

LEAR.—¿Dónde estuve? ¿Dónde estoy? Vuelvo a ver la luz; sí, es la claridad del día. Moriríame de lástima si viese a otro hombre en mi estado. No sé lo que puedo afirmar. No me atrevo a jurar si estas manos son mías. Veamos; siento que este alfiler punza. Sí, lo siento. Quisiera estar seguro de mi estado.

CORDELIA.—¡Ah! miradme, señor; extended sobre mí vuestra mano para bendecirme. ¡Oh, no, señor! ¡no sois vos quien ha de arrodillarse!

LEAR.—Ruégoos que no os burléis de mí. Soy un pobre y débil anciano; he cumplido mis ochenta años, y hablando francamente, creo que no tengo cabal la razón. Paréceme que os conozco, y también a ese hombre. Pero estoy dudando. En verdad, no sé dónde me hallo ni toda mi memoria puede recordar dónde saqué estas vestiduras; hasta ignoro en qué lugar he pasado la noche. ¡No os riáis de mí! A fe de hombre, estoy tomando a esta dama por mi hija Cordelia.

CORDELIA.—Soy yo; soy Cordelia.

LEAR.—¿Son húmedas vuestras lágrimas? Sí en verdad. ¡Ah! os ruego que no lloréis. Si tenéis un veneno preparado para dármele, lo beberé. Ya sé que no me amáis, pues vuestras hermanas, en cuanto recuerdo, han sido conmigo muy crueles. ¡Razón tenéis para odiarme, vos! Ellas ninguna tenían.

CORDELIA.—Ninguna, ninguna.

LEAR.—¿Estoy en Francia?

CORDELIA.—Estáis en vuestro reino, señor.

LEAR.—No me engañéis.

EL MÉDICO.—Consolaos, señora; los accesos de furor, como veis, han cesado. Sin embargo, aún fuera peligroso para él recordarle las ideas perdidas. Invítadle a entrar en su habitación; no le fatiguemos; esperemos a que sus órganos se hayan fortalecido.

CORDELIA.—¿Quiere vuestra alteza andar un rato?

LEAR.—Habéis de darme el brazo para sostenerme. Os suplico que lo olvidéis todo, y me perdonéis. Soy ya viejo y mi razón flaquea. (Salen Lear, Cordelia, el Médico y séquito)

EL GENTILHOMBRE.—¿Es positivo que el duque de Cornouailles murió de esa suerte?

EL CONDE DE KENT.—Sí, señor.

EL GENTILHOMBRE.—¿Quién manda sus tropas?

EL CONDE DE KENT.—Dicen que el bastardo de Gloucester.

EL GENTILHOMBRE.—Dicen también que su hijo, Edgardo, desterrado, está con el conde de Kent en Alemania.

EL CONDE DE KENT.—A veces los dichos son variables. Tiempo es de pensar en sus asuntos; los ejércitos del reino se acercan rápidamente.

EL GENTILHOMBRE.—Es de temer que haya efusión de sangre. Adiós, señor. (Sale)

EL CONDE DE KENT.—Mi objeto quedará logrado, según sea el éxito de la batalla. (Sale)

Acto quinto

ESCENA I

Campamento bretón, en las cercanías de Douvres.

(Entran, precedidos de tambores oficiales y banderas, EDMUNDO, REGAN y soldados).

EDMUNDO.—Id a encontrar al duque; enteraos de si persiste en su último proyecto, o si alguna idea nueva le ha conducido a modificarlo. Es muy inconstante y a cada paso se contradice. Id, y sepamos pronto su resolución.

REGAN.—Mi cuñado no sabe dónde tiene la cabeza.

EDMUNDO.—Verdad es, señora.

REGAN.—Y ahora, caro amigo, que conocéis el premio que os destina mi corazón, contestadme con franqueza: ¿amáis a mi hermana?

EDMUNDO.—Con amor respetuoso.

REGAN.—¿Habéis ocupado en su tálamo el sitio de su marido?

EDMUNDO.—No abriguéis tal sospecha.

REGAN.—Temo que os une la mayor intimidad.

EDMUNDO.—Nada de eso, señora.

REGAN.—Es que yo no lo toleraría. Cuidad de no familiarizaros tanto con ella.

EDMUNDO.—Estad tranquila... Vedla; aquí llega con su esposo. (Entran el duque de Albania, Goneril y soldados)

GONERIL.—(Aparte) Preferiría perder la batalla, a sufrir que mi hermana nos desaviniese a Edmundo y a mí.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Bienvenida, hermana mía. Señor, acabo de saber que el rey se ha dirigido al encuentro de su hija con un número de escuderos muy resentidos con nosotros por nuestros duros tratamientos. Yo nunca he sido valiente, cuando no he podido serlo con honra. Esta guerra nos interesa, porque los franceses han invadido nuestros estados; pero no

porque Francia sostenga la causa del rey y de muchas personas a quienes sin duda gravísimos motivos sublevan en contra nuestro.

EDMUNDO.—Habláis con suma nobleza, señor.

REGAN.—¿A qué esos discursos?

GONERIL.—Unámonos contra el enemigo; no son rencillas domésticas lo que hoy debe ocuparnos.

EDMUNDO.—En breve soy con vos, en vuestra tienda.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Consultemos con los guerreros más ancianos las medidas que convengan tomar.

REGAN.—¿Venís con nosotros, hermana?

GONERIL.—No.

REGAN.—Sin embargo, conviene que vengáis; seguidnos, os lo ruego.

GONERIL.—(Aparte) ¡Ah! ¡ya te comprendo! Voy. (Al salir, entra Edgardo disfrazado)

EDGARDO.—Si vuestra gracia quiere atender a un desdichado, oídme una palabra.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Hasta el fin quiero oírte; habla.

EDGARDO.—Antes de combatir, abrid esta carta. Si volvéis victorioso, haced llamar a son de trompa a quien os la ha entregado. A pesar de mi traje miserable, me hallo en estado de ofrecer un campeón que sostendrá lo que esa carta enuncia. Si quedáis vencido, entonces todo acabó para vos en el mundo, y el complot deja de serlo. ¡Protéjaos la fortuna!

EL DUQUE DE ALBANIA.—Espera a que haya leído la carta.

EDGARDO.—Me lo han prohibido. Cuando llegue el momento favorable, me presentará al primer llamamiento del heraldo. (Sale)

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Bueno! adiós: voy a leer tu carta. (Entra Edmundo)

EDMUNDO.—El enemigo está en presencia: disponed vuestro ejército. A pesar de la vigilancia de nuestros centinelas, es imposible adivinar el número de sus fuerzas. A vos, señor duque, incumbe apresurar al socorro que necesitamos.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Aprovecharemos la ocasión. (Sale)

EDMUNDO.—He jurado amor a las dos hermanas; las dos son celosas y se aborrecen con el odio que el hombre siente contra la culebra que le

mordió. ¿A cuál de las dos elegiré? ¿A las dos? ¿a una de ellas? ¿a ninguna? Mientras las dos vivan, no puedo poseer a ninguna de ellas. Elegir a la viuda: es imitar a Goneril hasta el frenesí, y mientras su marido respire, difícil me será lograr mi objeto. Comencemos por servirnos de su apoyo en el combate, y después encárguese de darle pasaporte la que quiera deshacerse de su persona. En cuanto a sus compasivos designios en favor de Lear y de Cordelia, una vez ganada la batalla y dueño ya de sus cuerpos, ya pueden aguardar clemencia. Mi interés está en defenderme y no en disputar. (Sale)

ESCENA II

Espacio entre los dos campamentos.

(Alarma, en bastidores. - LEAR, CORDELIA y soldados entran, salen, con tambores y banderas. -Entran EDGARDO y EL CONDE DE GLOCESTER).

EDGARDO.—Reposad aquí, amigo mío, a la sombra de ese árbol; rogad al cielo que salga victorioso el más justo. Si vuelvo a vuestro lado, traeré noticias consoladoras.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Bendígaos el cielo, señor. (Sale Edgardo. -Alarma. -Óyese el toque de retirada. - Vuelve Edgardo.)

EDGARDO.—Huid, anciano; dadme la mano y alejémonos; el rey Lear ha perdido la batalla; él y su hija han caído prisioneros; dadme la mano y huyamos.

EL CONDE DE GLOCESTER.—No nos alejemos mucho, señor; tanto podemos morir allí, como aquí.

EDGARDO.—¡Cómo! ¿siempre las mismas ideas siniestras? El tiempo es el supremo árbitro. Avancemos.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Sí, tienes razón; vayamos. (Salen)

ESCENA III

(Entran EDMUNDO, triunfante, con banderas y tambores; LEAR y CORDELIA, prisioneros; soldados y un capitán).

EDMUNDO.—Guardadles con cuidado hasta el momento en que los que han de decidir de su destino manifiesten su resolución.

CORDELIA.—No somos los primeros que, obedeciendo a las intenciones más honradas y queriendo obrar bien, han caído en las mayores desventuras. ¡Otro rey perseguido por el infortunio! vuestra suerte es lo único que me aflige. Sin vos, fácilmente desafiaría todos los furores de la pérfida fortuna. ¿No veremos, vos a vuestras hijas, ni yo a mis hermanas?

LEAR.—¡No, no, no! Vamos a la prisión y allí los dos cantaremos como pájaros cautivos en la jaula. Cuando me pidas mi bendición, yo te pediré perdón, de rodillas; así viviremos juntos, orando al cielo y cantando: alegraremos nuestras horas contándonos antiguas historias y retozaremos como doradas mariposas. Oiremos las conversaciones de los pobres artesanos sobre las noticias de la corte y charlaremos de política con ellos, sobre quién gana o quién pierde, quién alcanza el favor o quién cae en desgracia. Encerrados en los muros de nuestra prisión, veremos pasar y echarse uno a otro los sistemas y las sectas de los grandes filósofos, como las olas agitadas bajo la influencia de la luna.

EDMUNDO.—Sacadlos de aquí.

LEAR.—Cordelia mía, los dioses mismos incesan el sacrificio de víctimas semejantes. Si alguno intenta separarnos, arranque del cielo una ardiente tea para abrasarnos a los dos. Seca tus lágrimas, hija mía; la peste los devorará a todos antes de que te hagan verter nuevo llanto; los veremos morir de hambre. ¡Ven! (Salen Lear y Cordelia, acompañados de guardias)

EDMUNDO.—Una palabra, capitán. Toma este escrito; sígueles a la prisión. Tu grado lo debes a mí. Si cumples fiel la orden que aquí te doy, te abrirás el camino de una brillante fortuna. Sabe que los hombres son como el

tiempo. La piedad no se aviene con la espada del soldado. Jura ejecutar mi orden o búscate otros medios de hacer fortuna.

EL CAPITÁN.—Estoy a vuestras órdenes, señor.

EDMUNDO.—Ve, pues, y cuando hayas desempeñado tu cometido, date por feliz desde que llegue a mi conocimiento la noticia. Piénsalo bien; es urgente... Y sigue en un todo el plan que te marca ese escrito. (Sale el Capitán. -Charangas. -Entran el duque de Albania, Regan, Goneril y soldados)

EL DUQUE DE ALBANIA.—Señor, habéis dado pruebas de vuestra valentía, y la fortuna os ha guiado a la victoria. Tenéis cautivas a las personas que en este día os opusieron más esfuerzos. Entregádmelos, para disponer de ellos según prescriba el interés de nuestra seguridad y la muerte que merecen.

EDMUNDO.—He creído prudente encerrar a ese viejo y miserable rey en una prisión. Su edad y más que todo su nombre tienen suficiente autoridad para atraer los corazones del pueblo a su partido y hacer que vuelvan contra nosotros, sus señores, las lanzas que les obligamos a emplear en nuestro servicio. Con él he mandado encerrar a su hija, por idénticas razones. Mañana o dentro de unos pocos días estarán dispuestos a comparecer en el lugar donde reunéis vuestro campo. En este momento nos hallamos cubiertos de sudor y sangre; el amigo ha perdido al amigo y las guerras más cortas, en el ardimiento de los espíritus son maldecidas por los que resienten sus males. El proceso de Cordelia y de su padre requiere, para su sentencia, un sitio más cómodo que un campamento.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Con vuestro permiso, Edmundo, aquí no os considero sino como a un oficial subalterno y no como a hermano mío.

REGAN.—¿Y qué? Ese es un título con que me place gratificarle. Parece que antes de adelantaros tanto, hubierais podido consultar mi opinión.

Edmundo, ha conducido nuestras tropas; ha sido revestido de mi autoridad; ha representado mi persona y ese honor es suficiente para que pueda pretender el título de hermano vuestro.

GONERIL.—No lo toméis con tanto calor; sus propios méritos le elevan más que vuestro favor.

REGAN.—Investido de mis derechos por mi misma, puede considerarse igual al más ilustre del ejército.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Así sería, cuando más, si fuese vuestro marido.

REGAN.—A veces las bromas resultan veras.

GONERIL.—¡Hola! ¡hola! el ojo que os hizo ver tal porvenir, era bizco y miraba de través.

REGAN.—Señora, a no sentirme algo indispuesta os contestaría con toda la indignación de que rebosa mi pecho. General, toma mis soldados, dispón de ellos y de mí misma, todo es tuyo. Tomo por testigo al universo de que, en este instante, te hago esposo y señor mío.

GONERIL.—¿Pretenderíais gozar de su persona?

EL DUQUE DE ALBANIA.—Eso no depende completamente de vuestro capricho.

EDMUNDO.—Ni del tuyo, señor.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¿Del mío, noble a medias?

REGAN.—Suene el tambor, anunciando públicamente que mis derechos son los tuyos.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Un momento; escuchad. Edmundo, acúsote de traición capital como también a esta dorada serpiente (señalando a Goneril).

En cuanto a vuestras pretensiones, hermana, opóngome a ellas, en interés de mi esposa, que está comprometida en secreto con ese señor; y yo que soy su marido, me opongo a los lazos que pretendáis formar. Buscad otro esposo; la señora le está prometida.

GONERIL.—¡Estáis representando una farsa!

EL DUQUE DE ALBANIA.—Armado estás, Glocester; suene la trompeta, y si nadie se presenta a probar contra ti tus traiciones acumuladas, manifiestas, abominables, recoge ese guante. Juro probar, atravesándote el corazón, que eres, todo cuanto acabo de publicar en alta voz.

REGAN.—¡Ah! ¡yo estoy mala, muy mala!

GONERIL.—(Aparta) ¡Si así no fuese, jamás volvería a fiarme del veneno!

EDMUNDO.—Ahí va mi guante, para responderte. Quien osa llamarme traidor, es un impostor cobarde. Llama a tus heraldos, y preséntese quien quiera, sostendrá contra él, contra ti y contra quien sea, mi honor y mi fe.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Hola! ¡un heraldo!

EDMUNDO.—¡Un heraldo! ¡hola! ¡un heraldo! (Entra un heraldo)

EL DUQUE DE ALBANIA.—Nada esperes sino de tu valor, pues a todos tus soldados, alistados en mi nombre, acabo de darles la licencia.

REGAN.—¡Mi mal se agrava!

EL DUQUE DE ALBANIA.—Se siente mala: llevadla a mi tienda. (Sale Regan apoyada en sus acompañantes.) Acércate, heraldo, suene la trompeta y lee esto en alta voz.

UN CAPITÁN.—Suenan, trompeta.

EL HERALDO.—(Leyendo) "Si hay en el ejército un hombre del rango y cualidad convenientes que quiera sostener que Edmundo, sedicente conde de Glocester, es un traidor, comparezca al tercer llamamiento de trompeta; Edmundo está dispuesto a contestar".

EDMUNDO.—¡Tocad! (Primer toque de trompeta)

EL HERALDO.—Uno. (Segundo toque) Dos. (Tercer toque) Tres. Responde otra trompeta desde el interior del teatro. Entra Edgardo armado)

EL DUQUE DE ALBANIA.—Preguntadle cuál es su designio y por qué comparece al llamar de la trompeta.

EL HERALDO.—¿Quién sois? ¿por qué contestáis a este llamamiento? ¿vuestro nombre? ¿vuestras cualidades?

EDGARDO.—Mi nombre lo perdí: el agudo y furioso diente de la traición me lo devoró; sin embargo, soy tan noble como el adversario, contra el cual vengo a combatir.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¿Quién es ese adversario?

EDGARDO.—¿Dónde está el que contesta al nombre de Edmundo, conde de Glocester?

EDMUNDO.—Yo soy, ¿qué me quieres?

EDGARDO.—Saca tu acero; si mi lenguaje ofende a un corazón noble, tu brazo puede tomar venganza. Oye los privilegios de mis honores, mi juramento y mi profesión pública. Protesto, a pesar de tu fuerza, de tu juventud y de tu rango, a pesar de tu espada victoriosa y en medio de tu nueva prosperidad, a pesar de tu valor y de tu bravura, protesto una vez más que sólo eres un traidor, perjuro con los dioses, con tu hermano, con tu padre, un conspirador contra la vida de este príncipe ilustre. Te lo repito; desde la cúspide de tu cabeza hasta las plantas de tus pies, no eres más que un traidor infame y ponzoñoso. Osa negarlo, y esta espada, este brazo y todo mi valor sabrán demostrar que mientes.

EDMUNDO.—Según la regla, debía preguntarte tu nombre; mas ya que tu mirada fiera y marcial anuncia elevada cuna, quiero despreciar una formalidad que mi seguridad y las leyes de la caballería prescriben. Rechazo y remito sobre tu cabeza la acusación de traidor. Tu sangre ha de expiar tamaña falsedad. Crúcense nuestros aceros. Dad la señal, trompetas. (Alarma. Riñen. Cae Edmundo)

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Ah! ¡salvadle! ¡salvadle!

GONERIL.—Eso es un complot. Gloucester, por las leyes de la guerra no estabas obligado a responder a un adversario incógnito; no estás vencido, te engañaron indignamente.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Señora, no abráis la boca, u os la cierro con este papel. Tomad, señor. Y tú, la más infame de las criaturas, lee tus horrores. No lo rasguéis, señora; ya veo que lo conocéis. (Entrega la carta a Edmundo)

GONERIL.—Y aun cuando lo conociese ¿qué? las leyes son mías y no tuyas. ¿Quién tiene derecho a acusarme?

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Monstruo! ¿Conoces este escrito?

GONERIL.—¡Vaya una pregunta! (Sale)

EL DUQUE DE ALBANIA.—Seguidla; está fuera de sí; vigiladla.

EDMUNDO.—Todo cuanto me imputasteis, es cierto y mucho más. El tiempo lo descubrirá todo. Son cosas pasadas... y yo también. Pero ¿quién eres tú, a quien la fortuna concede esta ventaja sobre mí? Si eres noble, te perdono.

EDGARDO.—No quiero ser menos generoso que tú. Mi sangre es tan ilustre como la tuya, Edmundo, y si lo es más, mayor fue tu injusticia. Me llamo Edgardo; hijo soy de tu padre. Los dioses son justos; con nuestros vicios favoritos forman el azote que nos castiga; el crimen tenebroso que te dio vida, ha costado los ojos a tu desdichado padre.

EDMUNDO.—Dijiste verdad, lo reconozco; la rueda de mi destino ha dado la vuelta, y así me veo yo.

EL DUQUE DE ALBANIA.—No me engañé al juzgar que tu exterior anunciaba sangre noble. ¡Deja que te abrace! ¡Rompa el pesar mi corazón si nunca os aborrecí a ti y a tu padre!

EDGARDO.—Lo sé, digno príncipe.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¿Dónde te ocultaste? ¿cómo llegaron a tu noticia las desventuras de tu padre?

EDGARDO.—Socorriéndole, señor. Oíd un breve relato, y cuando termine... ¡corte el dolor el hilo de mis días! Para escapar a la sangrienta proscripción que amenazaba perentoriamente mi cabeza, ocurrióseme disfrazarme de mendigo. Vestido, pues, de andrajos, encontré a mi padre, cuyas heridas aún sangraban a consecuencia de su inicua mutilación. Híceme su lazarillo. Por él mendigué, esforzándome tanto en consolarle, que le salvé de la desesperación. En lo que obré muy mal, fue no descubriéndome. Sólo hace media hora que me reconoció cuando me armé, no en la certeza, sino en la esperanza de esta victoria. Le pedí su bendición y le referí en todos sus detalles mi vida errante. Mas ¡ay! su corazón ya no tenía fuerzas para soportar la súbita transición de la tristeza a la alegría, y oprimido entre el choque de estas dos pasiones extensas, se rompió, sonriente.

EDMUNDO.—Vuestra relación me ha conmovido, y quizá produzca algún bien. Seguid, seguid; parece que aún tenéis algo que decirnos.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Ah! Si debéis añadir algún relato más desgarrador que el primero, cesad; sólo con lo que he oído, desfallezco.

EDGARDO.—¿Quién, con lo dicho, no se creería en el colmo del infortunio? Sin embargo, hay hombres que gustan ver el incremento de los dolores ajenos, que no se hartan de desgracias y que anhelan más, hasta ver el fondo del abismo de la humana miseria. Mientras exhalaba yo mi dolor entre gritos, surge un hombre que me había visto antes en mi estado de miseria y oprobio, y huía entonces, de mi odiosa compañía; pero después, reconociendo quién era el que tamaños horrores había soportado, lánzase a mi cuello, me estrecha entre sus brazos y exhala alaridos capaces de conmover las celestes bóvedas, y en seguida precipitándose sobre el cadáver de mi padre, nárrame de Lear y de sí propio, la historia más trágica que nunca escuchó el oído humano. Con su relato crecía su dolor hasta el extremo que los resortes de la vida comenzaban a romperse... Ha a sonado la trompeta por vez segunda, y le he abandonado en ese estado angustioso, entre la vida y la muerte.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¿Quién era ese hombre?

EDGARDO.—Kent, señor, el bravo Kent. Kent, quien proscrito y disfrazado había ido siguiendo los pasos del rey, su enemigo, y se había consagrado a servirle con una sumisión que un esclavo hubiera rechazado. (Entra precipitado un gentilhombre con un puñal en la mano.)

EL GENTILHOMBRE.—¡Socorro!

EDGARDO.—¿Qué ocurre?

EL DUQUE DE ALBANIA.—Habla, habla, amigo.

EDGARDO.—¿Qué significa ese puñal sangriento?

EL GENTILHOMBRE.—Aún está tibio; aún echa humo; sale del razón... ¡Ah! está muerta.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¿Quién, muerta? Explícate.

EL GENTILHOMBRE.—Vuestra esposa, señor, vuestra esposa; y también su hermana Regan acaba de expirar, envenenada por ella. Así lo han confesado los labios de Goneril.

EDMUNDO.—Prometido estaba yo a una y otra; ya estamos casados los tres.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Traigan sus cuerpos, muertos o vivos. (Traen los cadáveres de Goneril y de Regan). Ese juicio del cielo nos aterra, aunque sin inspirarnos el menor sentimiento de piedad.

EDGARDO.—Aquí está el conde de Kent, señor.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Ah! ¿es él? Las circunstancias no permiten las formalidades de costumbre.

EL CONDE DE KENT.—Vengo, a despedirme de mi rey. ¿No está aquí?

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Ah! hemos olvidado lo más importante. Habla, Edmundo, ¿dónde está el rey, dónde Cordelia? ¿Ves este espectáculo, conde?

EL CONDE DE KENT.—¡Ah! ¿y por qué causa?

EDMUNDO.—Porque Edmundo era amado. Una envenenó a la otra por amor a mí, y después se ha matado.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Es verdad. Cubrid sus rostros.

EDMUNDO.—Pásame la vida. A pesar de mi propia índole, quiero practicar el bien una vez. Mandad, sin perder tiempo, una orden al castillo para evitar el asesinato de Lear y Cordelia; apresuraos.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Corred, corred, ¡al momento!

EDGARDO.—¿Y a quién dirigirse? ¿a quién encargaste tu bárbara misión? ¿cómo demostrarle que revocas la orden?

EDMUNDO.—Es verdad; toma mi espada y ensáñala al capitán.

EDGARDO.—(A un mensajero) Por tu vida, date prisa. (Sale el mensajero)

EDMUNDO.—De orden mía y de tu esposa estaba encargado de estrangular a Cordelia en la prisión y de achacar su muerte a su propia desesperación.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Sálvenla los dioses! Llévadle de aquí por un momento. (Sacan a Edmundo. Entra Lear, llevando a Cordelia muerta, en sus brazos)

LEAR.—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿Son de mármol vuestros corazones y de hierro vuestros ojos? ¡Si yo tuviese vuestras voces, rompería con mis gritos la bóveda celeste! ¡La he perdido para siempre! ¡Oh, ya sé distinguir si una persona está viva o muerta! Miradla: ¡insensible como la tierra! Dadme un espejo ¡ah! si su aliento lo empaña, aún vivirá.

EL CONDE DE KENT.—¿Era éste el éxito prometido a nuestra esperanza?

LEAR.—Esta pluma se agita ¡ah! ¡vive! ¡Oh! si vive, esta felicidad compensa todos mis pesares.

EL CONDE DE KENT.—(De rodillas) ¡Ah, mi buen señor!

LEAR.—Aléjate; te lo suplico.

EDGARDO.—Es el noble Kent, vuestro amigo.

LEAR.—¡Malditos seáis, traidores, asesinos! Yo hubiera podido salvarla; ahora, muerta está para siempre. ¡Cordelia! ¡Cordelia! espera un momento; ¡ah! ¿qué dices? ¡Era su voz tan dulce tan graciosa, tan modesta! adornábanla todas las cualidades de una mujer perfecta. He matado al esclavo que le quitó la vida.

EL GENTILHOMBRE.—Verdad es, señores; lo ha tendido a sus pies.

LEAR.—¿No es cierto, amigo? Se me ha representado aquel tiempo en que los hubiera derribado a todos al filo de mi espada. Mas yo soy viejo y tantas desventuras acaban de abatirme. ¿Quién sois? Mis ojos no son mejores; os lo digo con franqueza.

EL CONDE DE KENT.—Si la fortuna se jacta de haber prodigado sus favores y su odio a dos hombres, a vuestra vista está uno de ellos.

LEAR.—¿Sois, acaso, el conde de Kent?

EL CONDE DE KENT.—Sí, señor, vuestro fiel Kent. ¿Dónde está vuestro sirviente Cayo?

LEAR.—¡Ah! os aseguro que era un buen muchacho; sabía defender a su señor, y descargar un golpe rápido. Sí, ha muerto, y sus cenizas descansan bajo tierra.

EL CONDE DE KENT.—No, mi buen señor; soy yo mismo.

LEAR.—Pronto he de convencerme.

EL CONDE DE KENT.—Yo soy quien, desde el principio de vuestras desdichas, voy siguiendo vuestros tristes pasos.

LEAR.—Bienvenido seáis.

EL CONDE DE KENT.—Yo era, yo. Reina aquí el duelo y la desolación; todo presenta la imagen de la muerte; vuestras hijas mayores se han destruido a sí propias; han muerto desesperadas.

LEAR.—Así lo creo.

EL DUQUE DE ALBANIA.—No se da exacta cuenta de lo que dice; en vano nos ofrecemos a sus ojos.

EDGARDO.—¡Ah! En vano, sí. (Entra un mensajero)

EL MENSAJERO.—Monseñor, Edmundo ha muerto.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Poco importa! Vosotros, señores y nobles amigos, oíd nuestras intenciones. Cuanto podamos hacer para reparar tantos desastres, lo haremos. Mientras viva el rey, suyo será el poder absoluto. A vos, Edgardo, os devuelvo todos vuestros derechos añadiéndoles los nuevos honores y mercedes que habáis sabido conquistar. Todos nuestros amigos recibirán la recompensa de sus virtudes y nuestros enemigos beberán la amarga copa debida a su malignidad. ¡Ah!, ¡mirad, mirad!

LEAR.—¡También estrangulado mi pobre servidor! No, no; no más vida. ¡Cómo! el más vil de los reptiles goza la vida en nuestros hogares ¿y tú no vivirás, no volverás nunca, nunca...? Desatad este nudo, por favor... Mil gracias, vedla, vedla; mirad sus labios; ¡mirad, mirad! (Muere)

EDGARDO.—Se ha desmayado. ¡Monseñor, monseñor!

EL CONDE DE KENT.—¡Estalla, corazón mío, estalla, yo te lo mando!

EDGARDO.—Monseñor, abrid los ojos.

EL CONDE DE KENT.—¡Ah, no perturbéis su sombra! ¡dejadle morir en paz! Quererlo retener más tiempo en la rueda cruel de la vida, es odiarle.

EDGARDO.—En efecto, sucumbió.

EL CONDE DE KENT.—Me admira que haya podido sufrir tan largo tiempo. Ya no hacía más que usurpar la vida; cada nuevo día que vivía, lo robaba a la muerte.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Sacad esos cuerpos de este sitio; la desventura común reclama mis cuidados. (A Edgardo y al conde de Kent) Vosotros, amigos de mi corazón, regentead entre ambos estos estados, y sed los restauradores de este reino ensangrentado.

EL CONDE DE KENT.—He de emprender muy pronto un largo viaje; mi señor me llama, y no puedo negarme a seguirle.

EL DUQUE DE ALBANIA.—A pesar nuestro, hay que ceder a la necesidad de estos tiempos desastrosos. Derramemos los sentimientos de nuestros corazones, sin permitimos murmuraciones ni reflexiones amargas. El más viejo de nosotros era el que ha sufrido más. Nosotros, que somos jóvenes, jamás veremos tantos males, ni tantos días. (Salen, al son de una marcha fúnebre)

FIN

Acerca del Autor

William Shakespeare

Nació en Stanford-on-Avon. A los 18 años se casó con una mujer mayor que él, con quien crió dos hijas.

No se sabe exactamente de qué vivió sus primeros años en Londres: se supone que de la enseñanza o de su mecenas, a quién dedicó sus dos primeros poemas. Uno de ellos, "Venus y Adonis", de 1593, alcanzó una amplia popularidad y fue reimpresso seis veces en un plazo breve.

En 1594 se unió a la compañía de actores Lord Chamberlain, la más famosa de las que por entonces se presentaban en la corte. Luego de unos años, en 1599, formó, con un grupo de actores de la compañía, un sindicato para construir y operar su propio teatro: El Globo. A partir de entonces, disminuyeron sus problemas económicos y se dedicó principalmente a escribir.

Creó un conjunto de sonetos y más de treinta obras de teatro: dramas, romances, comedias y tragedias. Fue un profundo explorador del alma humana y un creador de personajes de gran riqueza psicológica. Prueba de esto es la supervivencia de muchos de ellos en el imaginario occidental, como Otelo, Yago, Shylock y Hamlet.



Editorial LibrosEnRed

LibrosEnRed es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la **edición** de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de **comercializar** las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Nuestro sistema de atribución de regalías permite que los autores **obtengan una ganancia 300% o 400% mayor** a la que reciben en el circuito tradicional.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.